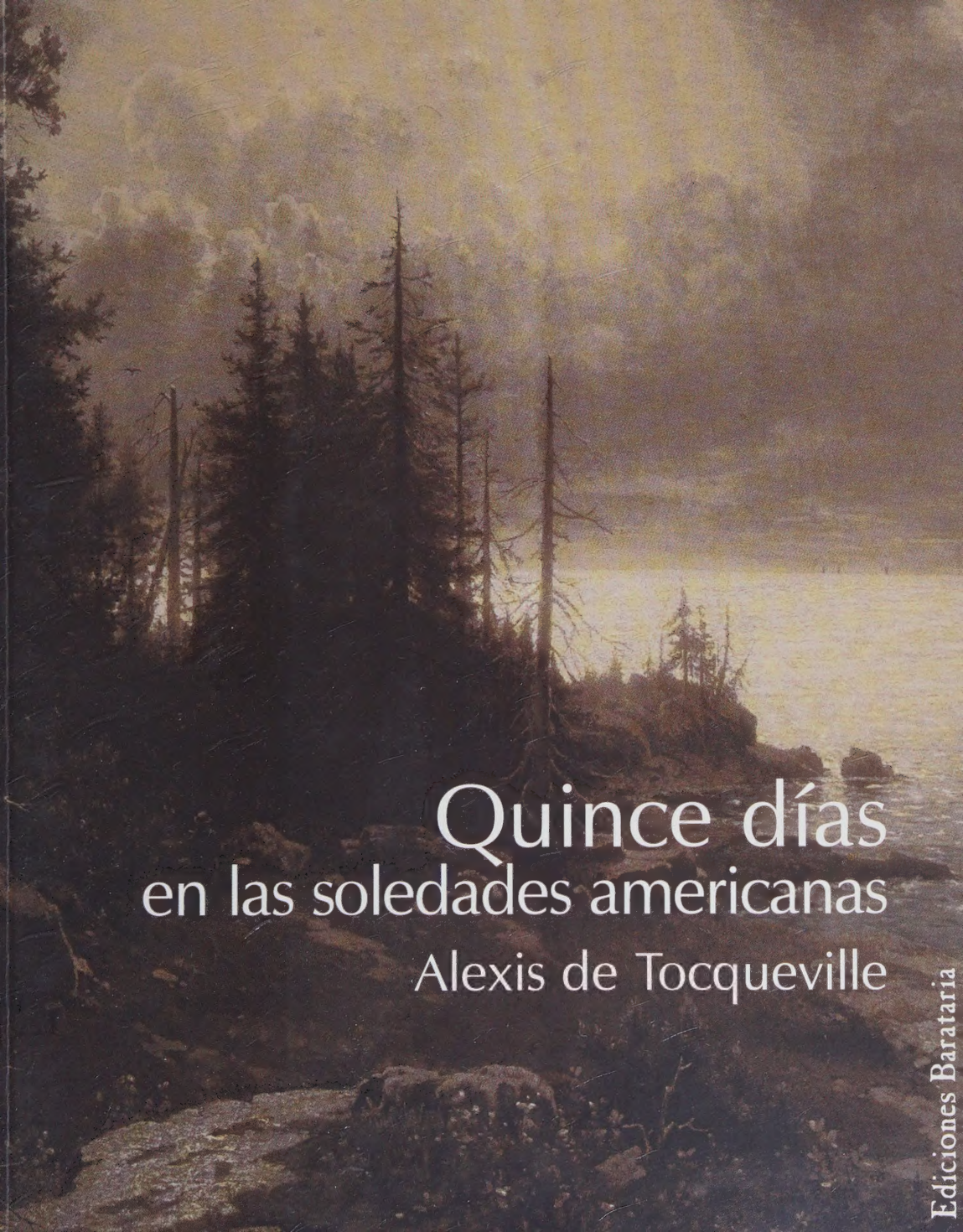


Quince días
en las soledades americanas

Alexis de Tocqueville

Ediciones Barataria

Alexis de Tocqueville nació en Verneuil en 1805 en el seno de una antigua y aristocrática familia normanda (era bisnieto de Malesherbes) y murió en Cannes en 1859. Al acabar sus estudios de derecho, fue nombrado auditor en Versalles, donde conoció a Gustave de Beaumont, que se convirtió en su mejor amigo y colaborador. Juntos fueron enviados a Estados Unidos para estudiar su Constitución y su sistema penitenciario. Al regreso de este viaje de nueve meses por buena parte del territorio norteamericano, publicaron *Del sistema penitenciario en los Estados Unidos y de su aplicación en Francia*. Esta primera obra influyó notablemente en la reforma de la legislación penal en Francia. Liberado tras la destitución de Beaumont de sus cargos públicos, viajó a Inglaterra, donde publicó (1835) la primera parte de su obra más divulgada y reconocida, *De la democracia en América*. La aparición de la segunda parte de esta obra en 1840 le valió su ingreso en la Academia francesa. En 1839 fue nombrado diputado por La Manche. Viajó por entonces a Argelia para hacer dos encuestas (1841 y 1846). En 1846 publicó *Histoire philosophique du règne de Louis XV* y cuatro

Alexis de Tocqueville

Quince días en las soledades americanas

Edición y traducción de
Mariano López Carrillo

Colección **Bárbaros**

Diseño de cubierta e interior: Ediciones Barataria
Maquetación: Joan Edo
Ilustración de cubierta: *Vista de la montaña desierta* (1861), de William Stanley Haseltine

Título original: *Quinze jours dans le désert*

© de la traducción, Mariano López Carrillo
© de la presente edición, 2005, Ediciones Barataria
Gran Via de les Corts Catalanes, 465
08015 Barcelona
e-mail: editorial@barataria-ediciones.com
www.barataria-ediciones.com

ISBN: 84-95764-28-8
Depósito legal: B-17.824-2005

Impreso por Sagrafic
Plaza Urquinaona, 14
08010 Barcelona

Esta publicación no puede reproducirse sin la autorización expresa de Ediciones Barataria. La copia total o parcial tanto del texto como de las imágenes por medios informáticos, reprográficos, fotoquímicos, o por cualquier otro, quedará sujeta a las sanciones previstas por la ley.

Prólogo del traductor

A sus veintiséis años, en abril de 1831, Alexis de Tocqueville, a la sazón juez auditor del tribunal de Versalles, se embarca con su amigo y compañero de la carrera judicial Gustave de Beaumont camino de Estados Unidos. La excusa del viaje es estudiar el sistema penitenciario norteamericano, y digo la excusa, porque en realidad Tocqueville se exilia voluntariamente de Francia para evitar así enfrentarse a las consecuencias de una decisión vital desgarradora: la aceptación en aras del pragmatismo político del nuevo orden instaurado por Luis Felipe I, «el rey burgués», y la consecuente renuncia a la tradición legitimista familiar, y por tanto al apoyo a Carlos X, obligado a abdicar a consecuencia de la revuelta liberal de «Las tres (jornadas) gloriosas» de julio de 1830. Fruto de ese viaje, que se extendió por espacio de nueve meses

hasta enero de 1832, es el libro que le ha hecho pasar a la posteridad, *La democracia en América*, así como otros textos de menor calado, como el que el lector tiene ahora en sus manos, y numerosos cuadernos de viaje.

Alexis de Tocqueville (1805-1859), nacido en el seno de una antigua familia de la aristocracia normanda y cuya infancia se vio fuertemente influida por la narración de la traumática experiencia padecida por sus parientes durante el período del Terror (su bisabuelo murió guillotinado y sus padres escaparon por poco del cadalso), siempre se sintió un fin de saga a caballo entre dos mundos, tironeado entre la tradicional lealtad monárquica de su familia y la certeza teñida de fatalidad de que los cambios producidos por la Revolución eran irreversibles. Como afirma Kimberley F. Curtis: «Tocqueville era un aristócrata que había aceptado la derrota de su clase». En un escrito titulado «Mi instinto, mis opiniones», Tocqueville hace un resumen preciso y sincero de su posición política: «Por las instituciones democráticas tengo una inclinación racional, pero por instinto soy aristócrata. Es decir, desprecio y temo a la plebe. Amo apasionadamente la libertad, la legalidad y el respeto a los derechos, pero no la democracia. Así soy en el fondo. Aborrezco la demagogia, la acción desordenada de las masas, su intervención violenta y confusa en los asuntos públicos, las pasiones envidiosas de las clases bajas, las tendencias irreligiosas. Así soy en el fondo». Pero justamente ese carácter de inadaptado histórico es el que le va

a permitir una visión profundamente libre y penetrante de los cambios sociales producidos por la Revolución Francesa.

Probablemente fue el viaje americano la experiencia más decisiva de la vida de Tocqueville. Llegó a Estados Unidos imbuido de los prejuicios de su medio social, que veía en este país una mezcla de primitivismo político y economía moderna, pero indeciso respecto al carácter de la nueva nación: ¿Se trataba de un país todavía inmaduro o prefiguraba el futuro de las naciones europeas? A su llegada Tocqueville abrigaba un fuerte recelo hacia el afán de lucro de los norteamericanos, que consideraba un elemento demasiado frágil para dar cohesión a un cuerpo social, pero a lo largo de sus nueve meses de estancia ese recelo se fue transformando paulatinamente en simpatía, una simpatía no exenta de claroscuros, que más tarde concretará en su gran libro *La democracia en América*. No es éste el lugar de hacer el análisis de una obra considerada por muchos como uno de los textos fundacionales de la sociología política. Baste señalar que en él se apuntan ya temas y situaciones que prefiguran numerosos análisis de las sociedades industriales modernas, como su intuición sobre la tendencia tiránica de la opinión pública o sobre los peligros que comporta la preponderancia de la igualdad sobre la libertad.

Quince días en las soledades americanas, como *La democracia en América*, se inscribe dentro de una tradición de narrativa de viajes

inaugurada con la independencia de Estados Unidos. Los visitantes europeos atravesaban el océano para describir de primera mano el gran experimento social de una sociedad democrática creada *ex novo*, es decir, sin las ataduras de la tradición que constreñían a las naciones del Viejo Continente. *Pero Quince días en las soledades americanas*, a diferencia de *La democracia en América*, obra mucho más reflexiva y reposada, es un apunte vital de una extraordinaria frescura, que nos permite asistir en un presente imposible al proceso de colonización estadounidense. En este caso no el de las praderas del medio Oeste, popularizado y mistificado *ad nauseam* por el cine, sino el de los inabarcables bosques de la región de los Grandes Lagos. En estos párrafos Tocqueville nos presenta un complejo retrato en el que se entrelaza el proceso de construcción de la sociedad norteamericana con la inexorable destrucción tanto del entorno natural como de las tribus indias que desde antaño lo habitaban; su fascinación por las tierras vírgenes con la admiración ante el titánico empuje de los pioneros. Se trata de un texto teñido de nostalgia y de un cierto fatalismo en el que se traslucen ya temas radicalmente contemporáneos, como esa preocupación tan actual por la fragilidad de la naturaleza o por la enorme capacidad del ser humano para transformar su entorno. Tal vez esa nostalgia por lo intocado y virgen no sea sino una metáfora inconsciente de su añoranza por el viejo orden social irremediablemente perdido, pero ello en vez de paralizar su percepción la agudiza, lo que da como resultado un texto de viajes extraordinariamente perspicaz y enormemente evocador.

Sobre la presente edición

Cuando Tocqueville muere en Cannes (16 de abril de 1859), su amigo y compañero de viaje, Gustave de Beaumont asume la tarea de publicar su obra completa. Una de estas primeras publicaciones póstumas será la de *Quince días en las soledades americanas*, aparecida por primera vez en 1860 en la *Revue des deux mondes*, pues se trataba de un texto que Tocqueville había dejado ya listo para la imprenta. Sin embargo, gran parte del material escrito durante su viaje no empezó a ver la luz hasta fecha mucho más tardía. La causa es que se halla compilado en una serie de cuadernos de notas cuyo objeto no era su publicación, sino el registro de las distintas experiencias del viaje (entrevistas, conversaciones, visitas a prisiones, descripciones de paisajes, reflexiones políticas, etc.) con vistas a que sirvieran, una vez de regreso, de

base para la redacción de proyectos como *La democracia en América* o *El sistema penitenciario de Estados Unidos y su aplicación en Francia* (informe finalmente redactado por Beaumont).

Me ha parecido sugerente publicar, junto al texto de *Quince días en las soledades americanas*, las entradas del cuaderno de mano, en el que Tocqueville iba tomando nota de su aventura. Se trata de apuntes escritos sobre la marcha, cuyo cotejo con el texto final, permitirán al lector hacerse una idea del método de trabajo propio de su autor. Además, al tratarse de notas personales tomadas sin ningún tipo de cautela, también le permitirán conocer sin filtro literario alguno su valoración puntual e inmediata de las realidades americanas que le van saliendo al paso. Así pues, es un apéndice que intenta responder a una cierta curiosidad de índole fundamentalmente literaria; por ello, el lector que no se sienta tentado por esa curiosidad exegética, puede prescindir de él sin ningún tipo de remordimiento.

Las entradas del cuaderno de mano aquí seleccionadas comienzan pocos días antes –en Albany, el 4 de julio, fiesta nacional de Estados Unidos– y se extienden hasta unos días después –con su regreso a Albany– que es el episodio recreado en el texto principal. En la traducción del cuaderno he tratado de mantener el estilo desmañado y fragmentario de unas notas al fin y al cabo tomadas a vuela pluma. También he tratado de evitar en el conjunto del texto una sobrecarga de notas al pie que entorpeciera su lectura. Finalmente quiero señalar que me he inclinado por una tra-

ducción un tanto libre del título original (*Quinze jours dans le désert*), para que el lector sepa desde el principio lo que puede esperar del libro; pues en nuestros tiempos la palabra desierto está tan asociada a imágenes de inhóspitos lugares de lluvia y vegetación escasas, que prácticamente ha perdido su acepción original de «lugar despoblado».

Quince días en las soledades americanas[1]

Una de las cosas que más atraía nuestra curiosidad al venir a América era recorrer los límites extremos de la civilización europea y, si el tiempo nos lo permitía, visitar alguna de las tribus indias que han preferido retirarse a las soledades más salvajes antes que plegarse a lo que los blancos han dado en llamar las delicias de la vida civilizada. Pero hoy en día resulta mucho más difícil encontrar el desierto de lo que uno podría esperar. Desde nuestra partida de Nueva York y mientras avanzábamos hacia el noroeste, el objetivo de nuestro viaje parecía irse alejando

1. El texto relata la expedición que Tocqueville y su amigo Gustave de Beaumont realizaron entre el 19 y el 29 de julio de 1831 de Detroit a Saginaw. Tocqueville comenzó su redacción durante el viaje mismo. Lo publicó Beaumont después de la muerte de su amigo en la *Revue des deux mondes* (1860) y más tarde en las *Œuvres complètes*, bajo el título de «Quinze jours dans le désert».

ante nosotros. Recorrimos lugares célebres en la historia de los indios, remontamos valles a los que han dado nombre, atravesamos ríos que todavía conservan el de sus tribus, pero en todas partes la cabaña del salvaje había sido sustituida por la casa del hombre civilizado, los bosques, talados y la soledad se había trocado en vida.

Sin embargo, teníamos la sensación de avanzar tras las huellas de los indígenas.

–Hace diez años –nos decían–, estaban aquí, allí, hace cinco, allá, hace dos.

–Ahí donde se eleva la iglesia más bella de la ciudad –nos contaba uno–, yo derribé el primer árbol del bosque.

–Aquí –nos contaba otro–, se celebraba el gran consejo de la Confederación Iroquesa.

–¿Y qué ha sido de los indios? –preguntaba yo.

–Los indios –nos respondía nuestro huésped– se han ido más allá de los Grandes Lagos, no sé exactamente adónde. Es una raza que se extingue, no están preparados para el mundo moderno, la civilización los mata.

El hombre se acostumbra a todo. A la muerte en el campo de batalla, en los hospitales, a matar y a sufrir. Se acostumbra a cualquier tipo de espectáculo: un pueblo antiguo, el primero y legítimo dueño del continente americano, se va fundiendo día a día como la nieve bajo los rayos del sol y desaparece de la faz de la tierra a ojos vista, mientras que, en ese mismo lugar y ocupando su sitio, otra raza crece todavía con mayor rapidez. Es ésta última la que

destruye los bosques y deseca los pantanos, mientras lagos semejantes a mares y ríos inmensos se oponen en vano a su marcha triunfal. De año en año las soledades se transforman en pueblos y los pueblos en ciudades. Testigo cotidiano de semejantes maravillas, el americano no ve en todo ello nada de extraordinario. Considera esta increíble destrucción y este crecimiento más impresionante si cabe como parte del curso natural de las cosas y a ello se acostumbra como si del orden inmutable de la naturaleza se tratara.

Así, siempre a la búsqueda de los salvajes y del desierto, fuimos recorriendo la distancia que separa Nueva York de Buffalo.

Aquel día lo primero que nos chocó fue la gran cantidad de indios que se había reunido en las calles de Buffalo para recibir el pago por las tierras que le habían vendido a los Estados Unidos.

No creo haber sufrido jamás una mayor desilusión que la que sentí a la vista de aquellos indios. Influido por la lectura de M. de Chateaubriand y Cooper,[2] esperaba encontrar en los indígenas americanos a los representantes de esos salvajes en los que la naturaleza ha dejado la huella de alguna de las altivas virtudes que produce el espíritu de la libertad. Esperaba encontrar en ellos a unos hombres cuyos cuerpos, adaptados a la caza y a la guerra, no desmerecieran vistos en su desnudez. Si se compara este retrato con el que sigue, se entenderá el porqué de mi decepción. Los indios que vi aquella tarde eran de pequeña estatura; sus miembros, por lo

2. En 1827, Chateaubriand había publicado su *Voyage en Amérique*, texto en parte imaginario basado en su viaje de 1792. *El último mohicano*, de James Fenimore Cooper, tuvo en su época un extraordinario éxito editorial.

que se podía apreciar bajo sus ropas, escuálidos y escasamente vigorosos; su piel, en lugar del rojo cobrizo que generalmente se le atribuye, era de un bronce oscuro, similar a primera vista al de los mulatos. Su pelo negro y lustroso caía con extraña rigidez sobre sus cuellos y hombros. Sus bocas eran por lo general desmesuradamente grandes y la expresión de su rostro, innoble y miserable. Su fisonomía toda anunciaba ese tipo de profunda depravación que provoca el prolongado abuso de los dones que sólo la civilización puede proporcionar. Se hubiera dicho que formaban parte del populacho más abyecto de nuestras ciudades europeas. Y sin embargo seguían siendo salvajes. Los vicios que de nosotros habían adoptado se mezclaban con un no sé qué de grosero e incivilizado que los hacía cien veces más repelentes. No llevaban armas e iban vestidos con ropas europeas, pero las portaban de distinta manera que nosotros. Se notaba que no estaban acostumbrados a su uso, que todavía se sentían encorsetados entre sus pliegues. A los ornamentos europeos, añadían los elementos de un lujo bárbaro: plumas, enormes pendientes y collares hechos de conchas. Sus movimientos eran rápidos y desordenados; su voz, aguda y discordante, sus miradas, inquietas y salvajes. En un primer momento, uno se hubiera visto tentado a no ver en cada uno de ellos más que una bestia del bosque, a la que la educación hubiera aportado una apariencia humana, pero que en el fondo siguiera conservando su naturaleza animal. Estos seres débiles y depravados pertenecían, sin embargo, a una de las más célebres tribus del antiguo mundo americano. Teníamos ante nosotros, y

apena decirlo, a los últimos descendientes de la célebre Confederación Iroquesa, cuya varonil sabiduría, no menos célebre que su bravura, mantuvo en equilibrio por largo tiempo la balanza entre las dos naciones más poderosas de Europa.

De todas formas, uno se equivocaría si tratara de juzgar la raza india a partir de esta muestra informe, de este retoño desgajado de un árbol salvaje y crecido en el lodo de nuestras ciudades. Sería reproducir el error que nosotros mismos cometimos y que más tarde tuvimos ocasión de enmendar.

A la caída de la tarde salimos de la ciudad y a escasa distancia de las últimas casas vimos a un indio tumbado al borde de la carretera. Se trataba de un hombre joven. Como permanecía inmóvil, lo creímos muerto. Algunos gemidos sofocados que escapaban trabajosamente de su pecho nos permitieron apercibirnos de que todavía vivía y luchaba contra una de esas peligrosas borracheras producidas por el aguardiente. El sol ya se había puesto y la tierra se iba tornando cada vez más húmeda. Todo hacía suponer que aquel desgraciado exhalaría su último suspiro a no ser que alguien lo socorriera. Era la hora en que los indios abandonaban Buffalo camino de su aldea; de vez en cuando un grupo de entre ellos pasaba cerca de nosotros. Se acercaban, giraban brutalmente el cuerpo de su compatriota para reconocerlo y luego volvían a ponerse en marcha sin dignarse siquiera a responder a nuestras advertencias. La mayoría estaban ebrios. Finalmente apareció una joven india que al principio pareció acercarse con un cierto interés. Creí que se trata-

ba de la mujer o de la hermana del moribundo. Lo examinó con atención y lo llamó en voz alta por su nombre, le palpó el corazón, para asegurarse de que estaba vivo, y trató de sacarlo de su letargo. Pero al ver que sus esfuerzos resultaban vanos, vimos cómo se enfurecía contra el cuerpo inanimado que yacía ante ella. Comenzó a golpearle la cabeza, a darle patadas y pellizcos en la cara, lanzando, mientras se abandonaba a semejantes actos de ferocidad, gritos inarticulados y salvajes que todavía hoy parecen seguir resonando en mis oídos. Finalmente nos creímos en la obligación de intervenir y le ordenamos perentoriamente que se retirase. Obedeció, pero al alejarse la oímos estallar en una brutal risotada.

Regresamos a la ciudad y comentamos con numerosas personas el caso del joven indio. Señalamos el peligro inminente al que estaba expuesto; nos ofrecimos incluso a pagar los gastos de su albergue, pero todo fue inútil. No conseguimos que nadie reaccionara. Unos nos decían: «Estos hombres están acostumbrados a beber en demasía y a dormir al raso. No se mueren por ese tipo de cosas». Otros reconocían que el indio probablemente moriría, pero en sus labios a medias expresado podía leerse este pensamiento: «Pero ¿qué valor tiene la vida de un indio?». Ése era en el fondo el sentimiento generalizado. En medio de esta sociedad tan prudente, tan mojigata, tan pedante en lo tocante a la moralidad y la virtud, uno descubre una insensibilidad completa, una suerte de egoísmo frío e implacable cuando se trata de los indígenas americanos. Los habitantes de Estados Unidos no persiguen a los indios a sangre y fuego como los

españoles en México, pero aquí, como en cualquier otra parte, el mismo sentimiento despiadado anima a la raza europea.

Cuántas veces en el curso de nuestros viajes no nos habremos encontrado con honrados ciudadanos que sentados a la caída de la tarde cerca del hogar comentaban tranquilamente: «El número de indios disminuye cada día. Y no es que les hagamos la guerra con frecuencia, el aguardiente barato que les vendemos los va eliminando año tras año más rápidamente de lo que podrían hacerlo las armas. Este mundo nos pertenece, añaden. Dios, al negar a los primeros habitantes la capacidad de civilizarse, los condenó de antemano a una destrucción inevitable. Este continente pertenece a los que saben sacar provecho de sus riquezas».

Satisfecho con su razonamiento, el americano acude al templo donde escucha cómo el predicador le repite que todos los hombres son hermanos y que, al haber sido creados según un mismo modelo por el Ser Supremo, están obligados a socorrerse los unos a los otros.

El 19 de julio, a las diez de la mañana, nos embarcamos en el vapor *Ohio* en dirección a Detroit. Soplaba una fuerte brisa de noroeste que daba a las aguas del lago Erie toda la apariencia del océano. A la derecha se extendía un horizonte sin límites, mientras por la izquierda avanzábamos ceñidos a la costa meridional del lago acercándonos a veces hasta la distancia de la voz. La costa era totalmente llana y diferente de la de cualquier otro lago que yo hubiera tenido ocasión de visitar en Europa. Tampoco recordaba a las orillas

del mar. La sombreaban inmensos bosques que formaban a su alrededor una especie de muralla espesa y casi ininterrumpida. De vez en cuando sin embargo el paisaje cambiaba de improviso. En un recodo del bosque, se divisaba la elegante aguja de un campanario, tiendas y casas de una blancura y limpieza deslumbrantes. Un poco más allá, el bosque primitivo y en apariencia impenetrable volvía a imponer su dominio reflejando su follaje sobre las aguas.

Todos aquellos que hayan recorrido los Estados Unidos encontrarán en esta descripción un símbolo sorprendente de la sociedad americana. Aquí todo es contrastado e imprevisto; en cualquier parte la civilización más desarrollada y la naturaleza virgen se encuentran una al lado de la otra y en cierta medida la una frente a la otra. Se trata de algo que desde Francia resulta inimaginable. Por mi parte, con mis expectativa de viajero, y qué hombre no las tiene, esperaba encontrar algo completamente distinto. En Europa había podido constatar que la situación más o menos retirada de una provincia o una ciudad, su riqueza o su pobreza, su grandeza o pequeñez, ejercían una enorme influencia sobre las ideas, las costumbres y en general sobre el grado de civilización de sus habitantes, y a menudo marcaban una diferencia de varios siglos entre las distintas regiones de un mismo territorio.

Me imaginaba que con más razón ello debía producirse también en el Nuevo Mundo y que un país poblado de manera incompleta y parcial como América debería dar cabida a todas las condiciones de existencia y ofrecer la imagen de la sociedad en todas sus

etapas. América, según mi teoría, era el único país en el que uno podría seguir paso a paso las transformaciones por las que el estado social hace atravesar al hombre y donde sería posible contemplar, como en los sucesivos eslabones descendentes de una larga cadena, desde el opulento patricio de las ciudades hasta el salvaje del desierto. Dicho en pocas palabras, aquí esperaba encontrar desplegada, en la distancia de unos pocos grados de longitud, toda la historia de la humanidad.

Nada más lejos de la realidad. De todos los países del mundo, América es el menos apropiado para aportar el espectáculo que yo iba buscando. En América, incluso más que en Europa, hay una única sociedad. Puede ser rica o pobre, humilde o brillante, comercial o agrícola, pero en todas partes está compuesta por los mismos elementos. Un mismo nivel de civilización la iguala. El mismo hombre que dejasteis en las calles de Nueva York lo reencontraréis en medio de las soledades más impenetrables: la misma indumentaria, la misma mentalidad, la misma lengua, las mismas costumbres, los mismos gustos. Nada de rústico, nada de ingenuo, nada que recuerde al desierto, nada siquiera que recuerde a nuestras aldeas. La razón de este singular estado de cosas es fácil de comprender. Las regiones más antiguas y pobladas han alcanzado un alto grado de civilización, la enseñanza se ha impartido con prodigalidad, el espíritu igualitario, el espíritu republicano, ha difundido un tono singularmente uniforme sobre las costumbres más íntimas de la vida. Ahora bien, fijaos con atención, son precisamente estos mis-

mos hombres los que cada año salen a poblar el desierto. En Europa, cada cual vive y muere sobre el mismo suelo que le vio nacer, en cambio en América no se encontrará en parte alguna a los representantes de esa raza que se ha multiplicado en la soledad tras vivir largo tiempo ignorada del mundo y abandonada a su propia suerte. Aquí los habitantes de los lugares más aislados llegaron ayer. Han traído consigo las costumbres, las ideas, los hábitos y las necesidades de la civilización. No conceden a la vida salvaje más que lo que la imperiosa naturaleza de las cosas les exige. De ahí que se produzcan los más extraños contrastes. Uno pasa sin transición del desierto a la calle de una ciudad, de las escenas más salvajes a las imágenes más amables de la vida civilizada. Si no os sorprende la noche en mitad del campo obligándoos a acampar al pie de un árbol, tenéis grandes posibilidades de llegar a un pueblo donde encontraréis de todo, hasta las modas francesas y caricaturas de bulevares. El comerciante de Buffalo o de Detroit está tan bien abastecido como el de Nueva York. Las fábricas de Lyon trabajan tanto para el uno como para el otro. Abandonáis las carreteras principales y os adentráis por senderos apenas hollados. Encontráis al fin un campo desbrozado, una pequeña cabaña construida con troncos a medio desbastar en la que apenas entra la luz del día a través de un estrecho ventanuco y creéis que por fin habéis encontrado la morada del campesino americano. Estáis en un error. Entráis en el interior de esta morada que parece el refugio de todas las miserias, pero su propietario va vestido con las mismas ropas

que vosotros, habla la lengua de la ciudad, sobre la rústica mesa se apilan libros y periódicos, y él mismo se apresurará a hacer un aparte para saber de primera mano lo que sucede en la vieja Europa y os preguntará sobre lo que más os ha sorprendido de su país. Os dibujará sobre un papel un plan de campaña para Polonia y gravemente os mostrará lo que se debe hacer para asegurar la prosperidad de Francia. Uno creería estar en presencia de un rico terrateniente que momentáneamente y por unas pocas noches está pernoctando en un pabellón de caza. Y de hecho la cabaña de madera no es para el americano más que un refugio momentáneo, una concesión temporal por mor de las circunstancias. Cuando los campos circundantes estén a pleno rendimiento y el nuevo propietario tenga el tiempo para dedicarse a cosas más agradables, una casa más espaciosa y más adecuada a sus hábitos remplazará a la *log house* y servirá de hogar a los numerosos hijos que a su vez un día partirán para crear su morada en el desierto.

Pero volvamos a nuestro viaje: navegamos pues con dificultad durante todo el día a la vista de la costa de Pennsylvania y más tarde de la de Ohio. Nos detuvimos un momento en Prêsqu'Île, hoy Erie. Es allí donde desembocará el canal de Pittsburgh. Con esta obra, cuya completa ejecución, según dicen, es fácil y está ya asegurada, el Mississippí comunicará con el río Norte y las riquezas de Europa circularán libremente a través de las quinientas leguas[3] que separan el golfo de México del océano Atlántico.

3. Legua: antigua medida de longitud equivalente a unos cuatro kilómetros.

Por la tarde, con la mejora del tiempo, nos dirigimos rápidamente hacia Detroit cruzando el lago por su centro. Por la mañana, pasamos a la vista de una pequeña isla llamada Middle Sister cerca de la cual en 1814 el comodoro Perry venció a los ingleses en una célebre batalla naval.

Poco después, la costa llana de Canadá empezó a aproximarse rápidamente; vimos cómo se desplegaban ante nosotros las riberas del río Detroit y distinguimos en la lontananza el caserío de Fuerte Malden. Fundado por los franceses, el lugar conserva todavía numerosas huellas de su origen. Las casas tienen la forma y la distribución de las de nuestros campesinos. En el centro de la aldea se eleva el campanario católico coronado por el gallo. Se diría un pueblo de los alrededores de Caen o de Évreux. Mientras contemplábamos no sin emoción esta imagen de Francia, nuestra atención se vio atraída por un singular espectáculo: en la orilla de nuestra derecha, un soldado escocés hacía la guardia con su uniforme de gala. Vestía el traje que los campos de Waterloo hicieron famoso. El bonete empenachado, el chaqué…, nada le faltaba, mientras el sol hacía refulgir sus ropas y sus armas. Al mismo tiempo, y como para facilitar el contraste, dos indios desnudos, el cuerpo profusamente pintado, la nariz perforada por un aro, abandonaban la orilla a nuestra izquierda a bordo de una pequeña canoa de corteza de árbol con una manta haciendo las veces de vela. Dejando que el viento y la corriente arrastraran su frágil embarcación, se lanzaron como una exhalación hacia nuestro barco, que rodearon en un ins-

tante, para luego dirigirse tranquilamente a pescar cerca del soldado inglés, el cual, siempre deslumbrante e inmóvil, parecía allí colocado como representante de la brillante y armada civilización europea.

Llegamos a Detroit a las tres de la tarde. Se trata de una ciudad de unos dos o tres mil habitantes fundada en 1710 por los jesuitas en mitad de los bosques y en la que todavía habitan numerosas familias francesas.

Tras atravesar todo el estado de Nueva York y cruzar las cien leguas del lago Erie, por fin nos encontrábamos en los límites de la civilización; pero ignorábamos completamente en qué dirección debíamos proseguir. Informarse al respecto no resultó tan fácil como cabría esperar. Atravesar selvas prácticamente impenetrables, cruzar profundos ríos, desafiar ciénagas pestilentes, dormir expuestos a la humedad del bosque, son los peligros que arrostra el americano cuando de lo que se trata es de ganar dinero, pero que alguien haga cosas parejas por mera curiosidad es algo que sobrepasa su comprensión. Añádase a ello que el hombre del desierto no tiene ojos más que para las obras humanas; por ello gustoso os enviará a visitar una carretera, un puente o un bonito pueblo, pero que uno le conceda valor a los grandes árboles y a las soledades es algo que no le cabe en la cabeza.

Nada resultaba más difícil pues que encontrar a alguien que nos comprendiera. «Si quieren ver bosques, nos decían sonriendo nuestros huéspedes, salgan todo recto y encontrarán lo que buscan.

Precisamente en los alrededores hay nuevas carreteras y senderos bien trazados. Respecto a los indios, no hace falta ir muy lejos, podrán ver tantos como deseen en nuestras calles y plazas, y éstos al menos comienzan a civilizarse y tienen un aspecto menos salvaje.» No tardamos en darnos cuenta de que para obtener la información deseada no podíamos ser francos; debíamos, pues, disimular.

Así que fuimos a casa del funcionario encargado de la venta de las tierras todavía despobladas del distrito de Michigan y nos presentamos como personas que, sin tener un interés especial en asentarse en el país, quieren hacerse una idea de los precios de las tierras y de su situación. El mayor Biddle, pues éste era el nombre del funcionario, esta vez comprendió perfectamente lo que deseábamos e inmediatamente nos abrumó con una multitud de detalles que nosotros escuchamos con avidez.

–Esta parte de aquí –nos dijo, señalando en el mapa el río Saint-Joseph que tras una serie de amplios meandros acaba desembocando en el lago Michigan–, me parece la zona que mejor se acomoda a sus propósitos. La tierra es buena, hay ya establecidos algunos bellos pueblecitos y la carretera está en tan buen estado que todos los días la recorren las diligencias.

¡Bien!, dijimos para nuestros adentros, ya sabemos adónde no se debe ir a no ser que uno quiera visitar el desierto por la posta. Agradecimos al señor Biddle sus consejos y con aire indiferente y un cierto desprecio le preguntamos entonces cuál era la región del

distrito que hasta el momento había permanecido más al margen de la corriente migratoria.

–Ésta de aquí –nos contestó él sin dar a su contestación más importancia que nosotros a nuestra pregunta–, hacia el noroeste. En Pontiac y en sus alrededores hay establecidos desde hace poco algunos buenos asentamientos. Pero ni pensar en establecerse más allá; hacia el noroeste, el país está cubierto de un bosque continuo y prácticamente impenetrable sólo habitado por fieras e indios. Estados Unidos proyecta abrir hasta allí una carretera, pero, como les digo, apenas está en sus inicios y se acaba en Pontiac. Es un distrito que no merece la pena considerar.

Le agradecimos nuevamente al señor Biddle sus buenos consejos y salimos decididos a hacer todo lo contrario. Nos embargaba la alegría de saber por fin de un lugar que todavía no había sido alcanzado por la civilización europea.

Al día siguiente, el 23 de julio, nos apresuramos a alquilar dos caballos. Como planeábamos tenerlos durante una decena de días, nos ofrecimos a dejarle al propietario un depósito, pero éste se negó a aceptarlo alegando que le pagaríamos a la vuelta. La verdad es que no tenía de qué preocuparse; al encontrarse el distrito de Michigan rodeado de lagos y soledades, era como dejarnos dentro de un picadero del que él guardara la llave. Después de comprar una brújula y municiones, nos pusimos en camino con el fusil en bandolera, despreocupados y alegres como dos escolares que abandonan el colegio para ir a pasar las vacaciones a la casa paterna.

Si efectivamente nos hubiéramos conformado con ver bosques, nuestros huéspedes de Detroit hubieran tenido toda la razón al decirnos que no hacía falta ir muy lejos, pues a una milla[4] de la ciudad, la carretera se adentra en el bosque para no volver a salir de él. El terreno sobre el que se extiende es totalmente llano y muchas veces pantanoso. De vez en cuando uno va encontrando en su camino nuevos asentamientos. Como estos asentamientos son tan parecidos, ya se encuentren en lo más profundo de Michigan o en las afueras de Nueva York, voy a tratar de describirlos de una vez por todas.

Los cencerros, que el pionero cuelga al cuello de su ganado para poder encontrarlo entre la espesura, anuncian desde lejos que uno se está aproximando a una zona roturada. Pronto, los golpes del hacha talando los árboles del bosque y, a medida que uno avanza, los signos de destrucción delatan con mayor claridad si cabe la presencia del hombre: ramas cortadas obstruyen el camino y troncos medio calcinados o mutilados se mantienen erguidos a vuestro paso. Uno continua su camino y llega a una zona del bosque donde todos los árboles parecen haber perecido súbitamente. En pleno verano sus ramas secas presentan la misma apariencia que en invierno. Al examinarlos más de cerca, se puede apreciar en su corteza un profundo tajo circular que, al interrumpir la circulación de la savia, ha acabado por secarlos. Es así cómo comienza normal-

4. Milla: entre las distintas medidas de longitud conocidas con este nombre, la más común es la milla romana, equivalente a 1.472 metros.

mente el plantador: al no poder talar el primer año todos los árboles que pueblan su nueva propiedad, siembra maíz bajo sus ramas y los mata para impedirles dar sombra a la cosecha. Tras esa zona desbrozada a medias, primer paso de la civilización en el desierto, uno se encuentra de repente con la cabaña del propietario. Por regla general, se halla situada en el centro de un terreno cultivado con más esmero, pero en el que sin embargo todavía el hombre mantiene una desigual batalla con la naturaleza. Allí los árboles ya han sido talados, pero no retirados, y sus troncos ocupan y entorpecen todavía el terreno que antaño sombreaban. Alrededor de esos restos secos, trigo, retoños de roble, plantas de todas las especies y hierbas de todas las clases germinan en desorden y crecen juntos sobre un suelo indócil y todavía medio salvaje. Es en medio de esa vegetación vigorosa y variada donde se levanta la casa del plantador, o como allí la llaman, la *log house*. Lo mismo que el campo que la circunda, la rústica morada revela su carácter reciente y precipitado. Su longitud rara vez supera los treinta pies,[5] su anchura es de unos veinte y su altura, de unos quince. Los muros, lo mismo que el tejado, están construidos con troncos sin desbastar cuyas junturas han sido rellenadas de musgo o de tierra para evitar que la lluvia y el frío penetren en el interior de la vivienda.

A medida que el viajero se acerca, la escena se anima. Advertidos por el ruido, los niños, que juegan entre los restos circundantes, se

5. Pie: medida de longitud equivalente a 32,4 centímetros.

levantan precipitadamente y huyen hacia la casa paterna, como espantados ante la visión del hombre, mientras dos enormes perros medio salvajes, de orejas tiesas y largo hocico, salen de la cabaña y se acercan ladrando para cubrir la retirada de sus pequeños amos.

Es entonces cuando hace su aparición en la puerta de la vivienda el pionero. Lanza una mirada escrutadora al recién llegado, hace un signo a los perros para que vuelvan a entrar en la casa y él mismo se apresura a darles ejemplo sin que vuestra aparición parezca producirle la menor curiosidad o inquietud.

Al llegar al umbral de la *log house*, el europeo no puede evitar pasear una mirada sorprendida sobre el espectáculo que se le presenta.

Normalmente la cabaña no tiene más de una ventana, de la cual a veces cuelga un visillo de muselina, pues, en estos lugares en los que suele escasear lo necesario, con frecuencia abunda lo superfluo. En el hogar de tierra apisonada chisporrotea un fuego resinoso que, más que la luz del día, es el que sirve de iluminación al interior de la vivienda. Sobre este hogar primitivo se ven colgados algunos trofeos de guerra o de caza: una larga carabina de cañón rayado, una piel de ciervo o las plumas de un águila. A la derecha de la chimenea suele colgar desplegado un mapa de Estados Unidos que el viento, colándose por las ranuras de la pared, mueve y agita constantemente. Cerca de él, sobre un solitario anaquel de tablas mal pulidas, se alinean algunos libros desparejos: una *Biblia*, a la

que la devoción de dos generaciones ha desgastado ya las tapas y los cantos, un libro de oraciones y, a veces, un canto de Milton o una tragedia de Shakespeare. A lo largo de las paredes se alinean algunas sillas toscas, fruto de la industria del propietario, baúles en lugar de armarios, aperos de labranza y algunas muestras de la cosecha. En el centro de la pieza se levanta una mesa contrahecha, cuyas patas, todavía con restos de follaje, parecen haber crecido sobre el suelo que las sustenta. Es allí donde cada día la familia al completo se reúne para hacer sus comidas. Se pueden ver también la tetera de porcelana inglesa, algunas cucharas, muchas veces de madera, tazas melladas y algunos periódicos.

El aspecto del dueño de la vivienda no es menos notable que el lugar que le sirve de morada. Sus músculos escuálidos y afilados miembros lo identifican al primer golpe de vista con el habitante de Nueva Inglaterra. Este hombre no es un producto de la soledad en la que habita. Su misma constitución lo pone de manifiesto. Sus primeros años transcurrieron en el seno de una sociedad intelectual y razonadora. Es su propia voluntad la que lo ha arrojado a las fatigas del desierto para las que parece escasamente preparado. Pero si sus fuerzas no parecen a la altura de su empeño, por encima de unos rasgos marcados por las penurias de la vida se manifiesta un aire de inteligencia práctica, de fría y perseverante energía que impresiona desde el primer momento. Su andar es lento y acompasado, su palabra, mesurada y su apariencia, austera. La costumbre y sobre

todo el orgullo han conferido a su rostro una cierta rigidez estoica que sus acciones desmienten: el pionero desprecia, es verdad, lo que a menudo agita con más violencia el corazón de los hombres, su fortuna y su vida nunca dependerán del azar de una tirada de dados o de los deseos de una mujer, pero por alcanzar la prosperidad, ha afrontado el exilio, la soledad y las miserias sin cuento de la vida salvaje, ha dormido a la intemperie y se ha expuesto a la fiebre del bosque y a los *tomahawks* de los indios. Un día tomó la decisión, desde hace años la renueva y lo seguirá haciendo quizá durante veinte años más sin desalentarse ni quejarse. ¿Un hombre capaz de semejantes sacrificios es realmente un ser frío e insensible o habrá que reconocerle una de esas pasiones mentales tan ardientes como tenaces e implacables? Concentrado en el único objetivo de hacer fortuna, el emigrante ha terminado por construirse una existencia totalmente individual, en la que los mismos sentimientos familiares han acabado por fundirse en un egoísmo tan vasto que es dudoso que vea en su mujer y sus hijos otra cosa que una parte segregada de sí mismo. Privado del contacto habitual con sus semejantes, ha aprendido a transformar en placer su soledad. Cuando uno traspasa el umbral de su aislada morada, el pionero os viene al encuentro y siguiendo la costumbre os tiende la mano, pero su fisonomía no delata amabilidad ni alegría. No toma la palabra más que para haceros una pregunta; es una necesidad mental, no del corazón, la que satisface y, apenas ha obtenido de vosotros las noticias que desea conocer, vuelve a sumirse en el silencio. Uno

creería encontrarse ante alguien que, cansado de los inoportunos y del tráfago del mundo, se retira a su hogar a la caída de la tarde. Si a su vez le preguntáis, os facilitará con inteligencia las indicaciones que necesitéis, atenderá a vuestras necesidades y velará por vuestra seguridad mientras estéis bajo su techo; pero en todos sus actos se aprecia tal grado de fastidio y de soberbia, tal grado de indiferencia por el resultado mismo de sus acciones, que uno siente cómo el agradecimiento se le hiela en el pecho. Sin embargo, a su manera, el pionero es hospitalario, pero su hospitalidad carece de calor porque él mismo al ejercerla se somete a una penosa necesidad del desierto. La considera un deber que le impone su condición, no un placer. Este hombre anónimo es el representante de la raza a la que pertenece el futuro del Nuevo Mundo, una raza inquieta, racional y aventurera, que fríamente realiza lo que sólo el ardor de la pasión explica, que comercia con todo, incluso con la moral y la religión.

Nación de conquistadores, que acepta domesticar la vida salvaje sin dejarse nunca seducir por sus encantos, que sólo aprecia de la civilización y de las luces su utilidad para alcanzar el bienestar y que se adentra en las soledades americanas con un hacha y unos periódicos; gente que, como todos los grandes pueblos, persigue una sola idea y avanza hacia la adquisición de la riqueza, único fin de sus fatigas, con una perseverancia y un desprecio a la vida que uno estaría tentado de llamar heroísmo si tal nombre se acomodara a algo distinto de la virtud. Pueblo nómada, al que no

arredran ni ríos ni lagos, ante el cual caen los bosques y las praderas se sombrean, y que, una vez alcanzado el océano Pacífico, volverá sobre sus pasos para turbar y destruir la sociedad que haya dejado tras de sí.

Pero al hablar del pionero no debemos olvidar a la compañera de sus miserias y peligros. Fijaos en la joven sentada al otro lado del hogar que, mientras prepara la comida, mece sobre sus rodillas al más pequeño de sus hijos. Como el emigrante, también ella se encuentra en la flor de la edad y, como él, puede recordar el bienestar de sus primeros años. Sus ropas delatan todavía un gusto no extinguido por el adorno. Pero el paso del tiempo la ha castigado con dureza. En sus rasgos prematuramente ajados, en sus miembros consumidos, se aprecia fácilmente que la vida representa para ella una pesada carga. Esta débil criatura, apenas incorporada a la vida, ha tenido ya que enfrentarse a increíbles miserias y renunciar a la ternura de la madre y a los cálidos lazos fraternales que una joven nunca abandona sin llanto, incluso cuando lo hace para ir a compartir la opulenta morada de su nuevo marido. La mujer del pionero, repentinamente arrancada del inocente regazo de su juventud y sin esperanzas de regresar a él, ha trocado las delicias de la sociedad y las alegrías del hogar familiar por la soledad de la selva. Sobre la desnuda tierra del desierto han instalado su lecho nupcial. Consagrarse a austeros deberes, someterse a privaciones para ella desconocidas y abrazar una existencia para la que no había sido preparada, tales han sido los menesteres a los que ha

dedicado sus mejores años, tales han sido para ella las dulzuras de la unión conyugal. El desarraigo, los sufrimientos, el tedio han alterado su frágil constitución, pero no han abatido su coraje. En medio de la profunda tristeza que reflejan sus delicados rasgos, uno percibe sin esfuerzo una resignación religiosa, una profunda paz y un cierto aire de naturalidad y tranquila firmeza que le permite afrontar todos los males de la vida sin temor ni rebeldía.

Alrededor de esta mujer se agrupan unos niños semidesnudos, rebosantes de salud, despreocupados por el futuro, los auténticos hijos del desierto. De vez en cuando, su madre los contempla con una mezcla de melancolía y gozo; se diría que se ha inmolado para darles la vida pero no se arrepiente del esfuerzo.

La casa del emigrante carece de separaciones interiores o de granero. En la única estancia que la forma, la familia entera se recoge al atardecer. Esta morada constituye por sí misma un pequeño mundo. Es el arca de la civilización perdida en medio de un océano de verdor, una suerte de oasis en mitad del desierto. A su alrededor, cien pasos más allá, la selva eterna extiende su sombra y la soledad comienza de nuevo.

Por la tarde, antes de la puesta de sol, llegamos a Pontiac. Veinte casas muy limpias y bastante bonitas, con otras tantas tiendas bien abastecidas, un arroyo transparente en un claro de un cuarto de legua rodeado por la eterna selva, he aquí el fiel retrato del pueblo de Pontiac que en veinte años probablemente se habrá convertido en una ciudad. A la vista del lugar, recordé lo que un

mes antes me había dicho el señor Gallatin en Nueva York: «En América no hay pueblos, al menos en la acepción que se le da en su tierra a esta palabra. Aquí las casas de los granjeros se encuentran dispersas en medio de los campos. El lugar donde se reúnen es una especie de mercado para la población aledaña y en tales pueblos no hay más que abogados, impresores y comerciantes».

Nos condujeron hasta el mejor albergue de Pontiac (pues hay dos) y como de costumbre nos introdujeron en lo que se conoce como el *bar-room*. Se trata de una sala donde se sirven bebidas y en la que se reúnen para fumar, beber y charlar de política desde el obrero más humilde hasta el más rico comerciante del lugar en un ambiente de igualdad aparentemente perfecto. El dueño del local o *landlord* era, no diré un grueso campesino, pues en América no hay campesinos, pero sí un recio caballero cuya fisonomía transmitía esa especie de candor y simplicidad característicos de los chalanes normandos. Se trataba de uno de esos hombres que al hablar jamás os mirará a la cara por miedo a intimidaros y que prefiere esperar a que estéis distraídos charlando para poder observaros a su gusto. Por lo demás, un político consumado y, siguiendo la costumbre americana, pertinaz inquisidor. Al entrar, tanto este estimable ciudadano como el resto de la parroquia nos observaron con sorpresa. Nuestras ropas de viaje así como nuestros fusiles no delataban al empresario industrial y viajeros por curiosidad resultaban algo absolutamente insólito. Para evitar explicaciones, nada más entrar declaramos que nuestra intención era la de comprar tierras;

pero nada más decirlo, caímos en la cuenta de que para evitar un mal habíamos caído en otro mayor.

Es verdad que dejaron de tratarnos como a seres extraordinarios, pero a partir de ese momento cada cual quiso entrar en tratos comerciales con nosotros. Para desembarazarnos de ellos y de sus granjas, le dijimos a nuestro huésped que antes de cerrar ningún trato deseábamos que nos orientara sobre el precio de las tierras y la manera de cultivarlas. Inmediatamente, nos introdujo en otra estancia, desplegó con premeditada lentitud un mapa de Michigan sobre una mesa de roble que había en medio de la sala y, colocando una vela entre los tres, esperó en absoluto silencio lo que tuviéramos a bien comunicarle. El lector que como nosotros no tenga la intención de establecerse en una de las soledades americanas, puede sin embargo sentir curiosidad por saber cómo se manejan tantos miles de europeos y americanos que cada año llegan allí en busca de asilo. Por ello voy a transcribir aquí las indicaciones que nos facilitó nuestro huésped de Pontiac. Más tarde, en diversas circunstancias, tuvimos la ocasión de verificar su total exactitud.

–Aquí no sucede como en Francia –comenzó nuestro huésped, después de haber despabilado la vela y escuchado pacientemente todas nuestras preguntas–. En su país la mano de obra es barata y la tierra, cara; aquí, la tierra no vale casi nada y el precio del trabajo humano es exorbitante. Les digo esto para que se hagan cargo de que, lo mismo que Europa, aquí para establecerse hace falta un capital aunque se emplee de manera diferente. Por ello, yo no le

aconsejaría a nadie que quisiera venir a nuestros desiertos en busca de fortuna que lo haga si no dispone de un mínimo de entre ciento cincuenta y doscientos dólares (entre ochocientos y mil francos). El acre[6] en Michigan no sobrepasa los diez chelines (unos 6,50 francos) si la tierra está todavía inculta. Ello supone aproximadamente el precio de una jornada de trabajo. Por tanto, un obrero puede ganar en un día lo que le cuesta un acre. Pero es una vez hecha la compra cuando comienzan las dificultades. El pionero llega a la parcela que acaba de comprar con algo de ganado, un cerdo en salazón y dos barriles, uno de harina y otro de té. Si cerca de su terreno hay alguna cabaña, allí se dirigirá y recibirá una hospitalidad temporal. En caso contrario, montará una tienda en medio mismo del bosque que habrá de convertirse en su granja. Su primer objetivo consistirá en talar los árboles más cercanos, con los que a toda prisa construirá la primitiva casa cuya estructura ya habrán tenido ocasión de examinar. El mantenimiento del ganado no cuesta nada; el emigrante lo suelta en el bosque después de colgarle un cencerro de hierro al cuello. Es muy raro que estos animales abandonados a su suerte se alejen de los alrededores de la casa. El descuajo es lo más caro. Si el pionero llega al desierto con una familia en edad de ayudarlo en los primeros trabajos, la tarea resultará bastante fácil; pero eso rara vez ocurre. En general, el pionero es joven y si ya tiene hijos, son de corta edad. Por tanto, él solo tendrá que satisfacer las primeras necesidades de su familia o alquilar los servi-

6. Acre: medida agraria inglesa, equivalente a 4.046,86 m^2, o sea, unas 40 a.

cios de sus vecinos. Descuajar un acre cuesta entre tres y cuatro dólares (entre quince y veinte francos). Una vez preparado el terreno, el nuevo propietario plantará un acre con patatas y el resto con trigo y maíz. El maíz es la providencia de estas soledades, crece en las tierras pantanosas y se cultiva mejor bajo el follaje de la selva que a pleno sol. Es este maíz el que salva a la familia del emigrante de su inevitable destrucción, cuando la pobreza, la enfermedad o la incuria le impide durante el primer año llevar a cabo un descuajo suficiente. Los primeros años posteriores al descuajo son los más penosos de soportar. Después llegará la prosperidad y enseguida la riqueza.

Mientras nuestro huésped así hablaba, nosotros escuchábamos aquellos sencillos detalles casi con el mismo interés que si fuésemos a ponerlos en práctica, y al concluir, le preguntamos:

–El terreno de todos los bosques vírgenes es en general pantanoso y malsano, al exponerse a las miserias de la soledad, ¿no teme el emigrante por su vida?

–Todo descuajo es una empresa peligrosa, continuó el americano, y casi no hay pionero o su familia que hayan conseguido escapar a la fiebre del bosque durante el primer año. Cuando uno viaja en otoño, frecuentemente se encuentra a todos los habitantes de una cabaña, desde el emigrante hasta el más pequeño de sus hijos, consumidos por la fiebre.

–¿Y qué les pasa a esos desgraciados cuando la Providencia los golpea de tal suerte?

–Se resignan y esperan a que las cosas mejoren.

–¿Pero pueden esperar algún socorro de sus semejantes?

–Prácticamente ninguno.

–¿Pueden al menos procurarse los cuidados de la medicina?

–A menudo el médico más cercano vive a más de sesenta millas de distancia. Así que hacen como los indios, o se mueren o se curan según el designio de Dios.

–¿Y la voz de la religión les llega alguna vez? –continuamos.

–Rara vez. Todavía no se ha podido asegurar la observancia pública del culto en nuestros bosques. Bien es verdad que casi todos los veranos algunos pastores metodistas recorren los nuevos asentamientos. La noticia de su llegada se extiende con increíble rapidez de cabaña en cabaña. Es la gran noticia del día. En la época señalada, el emigrante con su mujer y sus hijos se encamina, a través de senderos apenas reconocibles, hacia el lugar de la cita. Vienen de más de cincuenta millas a la redonda. Los fieles no se reúnen en una iglesia, sino al aire libre bajo las ramas de los árboles. Una silla hecha de troncos mal desbastados y unos cuantos árboles grandes derribados a modo de bancos son los únicos ornamentos de este templo rudimentario. Los pioneros y sus familias acampan en el bosque circundante y durante tres días con sus noches la muchedumbre se entrega casi ininterrumpidamente a las prácticas religiosas. Es digno de ver con qué ardor se dedican estos hombres a la oración, con qué recogimiento escuchan la solemne palabra del predicador. En el desierto uno se torna hambriento de religiosidad.

–Una última pregunta –le dijimos–. Es creencia general entre nosotros que las soledades americanas se pueblan con la ayuda de la emigración europea. ¿Cómo es pues que desde que estamos recorriendo sus bosques no nos hemos encontrado con un solo europeo?

Una sonrisa de superioridad y de orgullo satisfecho iluminó el rostro de nuestro huésped al escuchar la pregunta:

–Sólo los americanos –respondió enfáticamente– tienen el coraje de arrostrar tales miserias y pagar semejante precio para alcanzar la prosperidad. El emigrante europeo se queda en las grandes ciudades de la costa o en los distritos cercanos. Allí se convierte en artesano, gañán o criado. Como su vida es mucho más soportable que la que llevaba en Europa, contento con dejar a sus hijos esa misma herencia, se da por satisfecho. Sólo al americano le pertenece la tierra. Es a él a quien le ha sido concedido el adueñarse de las tierras del Nuevo Mundo, someterlas al hombre y crearse así un inmenso porvenir.

Después de pronunciar estas últimas palabras, nuestro huésped se calló, dejó escapar una enorme bocanada de humo y quedó a la espera de escuchar lo que quisiéramos participarle sobre nuestros proyectos.

Primero le agradecimos sus excelentes advertencias y sus sabios consejos, asegurándole que algún día los pondríamos en práctica.

–Antes de establecernos en su cantón, estimado huésped, tenemos la intención de acercarnos hasta Saginaw y desearíamos que nos aconsejara sobre este punto –añadimos.

Al oír el nombre de Saginaw, toda su fisonomía sufrió una curiosa transformación; pareció como si alguien le hubiera expulsado violentamente del mundo real para lanzarlo contra su voluntad a los dominios de la fantasía; sus ojos se dilataron, se le entreabrió la boca y todo su rostro se vio transformado por el más puro desconcierto.

–¡Quieren ustedes ir a Saginaw, a Saginaw Bay! –gritó finalmente–. ¡Dos hombres razonables, dos extranjeros bien educados quieren ir a Saginaw Bay! Me parece totalmente descabellado.

–¿Y por qué? –preguntamos nosotros.

–¿Pero saben ustedes –continuó nuestro huésped– a qué se arriesgan? ¿Saben que Saginaw es el último lugar habitado hasta el océano Pacífico? ¿Que de aquí a Saginaw no van a encontrar más que desierto y soledad? ¿Han caído en la cuenta de que los bosques están llenos de indios y de mosquitos, y que tendrán que pasar al menos una noche a la intemperie soportando la humedad? ¿Han pensado ustedes en la fiebre? ¿Saben ustedes moverse en el desierto y orientarse en el laberinto de nuestras selvas?

Hizo una pausa después de su perorata para apreciar su efecto.

–Todo eso es verdad –le contestamos–. Pero mañana por la mañana saldremos hacia Saginaw Bay.

Nuestro huésped reflexionó un momento, sacudió la cabeza y dijo con un tono reposado y positivo:

–Sólo un gran interés puede impulsar a dos extranjeros a embarcarse en semejante empresa. ¿Tal vez se han imaginado equi-

vocadamente que el instalarse en los lugares más alejados de toda competencia puede resultar ventajoso?

No le respondimos.

–¿Tal vez son ustedes los encargados por la compañía peletera canadiense de establecer relaciones con las tribus indias de la frontera? –continuó él.

Seguimos en silencio. Nuestro huésped, sin nuevas conjeturas que formular, decidió callarse, pero continuó reflexionando reconcentrado sobre la extravagancia de nuestro deseo.

–¿Ha estado usted alguna vez en Saginaw? –le preguntamos.

–Para mi desgracia he estado cinco o seis veces, pero yo tenía un objetivo para ir y no puedo adivinar cuál es el suyo.

–Tenga en cuenta, estimado huésped, que no le estamos preguntando sobre la conveniencia de ir a Saginaw, sino sobre cuáles son los medios más adecuados para llegar con facilidad.

Al plantearle de esta manera la pregunta, nuestro americano recuperó toda su sangre fría y la claridad de ideas, y nos explicó en pocas palabras y con un extraordinario espíritu práctico la manera en que debíamos atravesar el desierto, deteniéndose en los más pequeños detalles y previendo hasta las eventualidades más fortuitas. Al final, hizo una nueva pausa para ver si le desvelábamos el secreto de nuestro viaje y, al constatar que no teníamos nada que añadir, recogió la vela, nos condujo a nuestra habitación y, después de estrecharnos la mano muy democráticamente, se fue a terminar la velada a la sala común.

Nos levantamos con el día y nos preparamos para partir. Nuestro huésped no tardó en levantarse también. La noche no le había permitido descubrir la razón de nuestra conducta, tan extraordinaria a sus ojos. Sin embargo, como parecíamos totalmente decididos a no seguir sus consejos, no se atrevió a volver a la carga, aunque no paraba de moverse a nuestro alrededor, murmurando de vez en cuando:

–No logro entender qué impulsa a dos extranjeros a ir hasta Saginaw.

Repitió la frase numerosas veces, hasta que finalmente le dije poniendo el pie en el estribo:

–Tenemos buenas razones para hacerlo, estimado huésped.

Se detuvo nada más escuchar mis palabras y, mirándome por primera vez a los ojos, pareció prepararse para escuchar la revelación del gran misterio. Pero yo, subiendo tranquilamente al caballo, por toda conclusión lo saludé con la mano y me alejé al trote largo. Cuando a unos cincuenta pasos volví la cabeza, todavía lo vi plantado como un poste delante de su puerta. Poco después entró en la casa sacudiendo la cabeza. Imagino que debía de seguir murmurando: «No logro entender qué impulsa a dos extranjeros a ir hasta Saginaw».

Nos habían recomendado que nos pusiéramos en contacto con un tal señor Williams, el cual había comerciado durante mucho tiempo con los indios chippewas y tenía un hijo establecido en Saginaw, por lo que podría facilitarnos útiles indicaciones. Después

de recorrer unas cuantas millas de bosque y cuando ya temíamos haber pasado de largo la casa de nuestro hombre, encontramos a un anciano trabajando en un pequeño jardín. Le preguntamos y resultó ser el propio señor Williams. Nos recibió con gran amabilidad y nos dio una carta para su hijo. Le preguntamos si teníamos algo que temer de las poblaciones indias cuyo territorio debíamos atravesar. El señor Williams negó tal posibilidad con indignación:

–¡De ninguna manera! –dijo– Pueden ustedes viajar sin temor. Yo dormiría más tranquilo entre indios que entre blancos.

Ésta fue la primera opinión favorable sobre los indígenas que escuché desde mi llegada a América. En las zonas más habitadas se habla de ellos con una mezcla de miedo y desprecio, y creo que en tales lugares merecen ambos sentimientos. Se ha podido leer más arriba cuál fue mi impresión cuando los encontré por primera vez en Buffalo. A medida que se avance en la lectura de este diario y se me acompañe entre las poblaciones europeas de la frontera y entre los indios mismos, uno se irá formando una idea mucho más honorable y justa sobre los primeros habitantes de América.

Después de dejar al señor Williams, continuamos nuestro camino a través del bosque. De tanto en tanto aparecía un pequeño lago (el distrito está lleno de ellos) extendiéndose como una mancha de plata bajo la sombra de los árboles. Es difícil imaginar el encanto de estos preciosos lugares donde todavía el hombre no se ha establecido y aún reina una profunda paz y un silencio absoluto. En los Alpes he recorrido tremendas soledades en las que la naturale-

za se niega a plegarse a la industria de los hombres, pero donde despliega incluso en sus mismos horrores una grandeza que transporta el alma y la arrebata. Aquí la soledad no es menos profunda, pero no produce ese tipo de impresiones. Al recorrer estas soledades floridas, donde, como en *El paraíso* de Milton, todo parece preparado para acoger al hombre, uno siente una admiración tranquila, una dulce y melancólica emoción, un vago desagrado por la vida civilizada, una suerte de instinto salvaje que le hace pensar con pesadumbre en que esta deliciosa soledad pronto será turbada. De hecho, la raza blanca avanza ya a través de los bosques que la rodean y en pocos años el europeo habrá cortado los árboles que se reflejan en las límpidas aguas del lago y forzado a los animales que habitan sus orillas a retirarse a desiertos aún más lejanos.

Siguiendo nuestro camino, penetramos en una región diferente. El terreno dejó de ser llano para dar paso a una sucesión de colinas y valles. Muchas de las colinas presentaban un aspecto totalmente salvaje y fue en uno de estos pintorescos parajes cuando, al volvernos para contemplar el imponente espectáculo que dejábamos atrás, descubrimos con sorpresa junto a la grupa de nuestros caballos a un indio que parecía seguir nuestros pasos. Se trataba de un hombre de unos treinta años, alto y admirablemente formado, como lo son prácticamente todos ellos. Su negro y lustroso cabello, a excepción de dos trenzas que llevaba recogidas en lo alto de la cabeza, le caía sobre los hombros. Llevaba el cuerpo embadurnado de negro y rojo. Vestía una especie de blusa azul muy corta, unos

mittas rojos, especie de pantalones que sólo cubren la parte alta de los muslos, y en los pies, unos mocasines. De su costado pendía un cuchillo, en la mano derecha llevaba una larga carabina y en la izquierda, dos pájaros que acababa de cazar. La primera impresión que nos produjo la vista del indio no fue muy agradable pues el lugar en el que nos encontrábamos no era el ideal para repeler un ataque: a nuestra derecha, un bosque de pinos se elevaba hasta una enorme altura, y a nuestra izquierda, había un profundo barranco por el fondo del cual discurría entre rocas un arroyo, que el denso follaje ocultaba a nuestra mirada, hacia el que descendíamos a ciegas por un empinado sendero. Echar mano de nuestros fusiles, volvernos y encarar al indio fue todo uno. Él también se detuvo y nos quedamos mirándonos en silencio durante un momento. Su fisonomía presentaba todos los rasgos característicos que distinguen a la raza india de todas las demás. En sus ojos totalmente negros brillaba ese fuego salvaje que se aprecia incluso en la mirada de los mestizos y que perdura hasta la segunda o tercera generación de sangre blanca. Su nariz se arqueaba hacia la mitad, para ensancharse ligeramente en la punta; tenía los pómulos muy altos y la boca fuertemente marcada dejaba ver dos hileras de dientes blanquísimos que atestiguaban con claridad que el salvaje, más limpio que su vecino americano, no se pasaba el día mascando hojas de tabaco. Como he dicho, cuando nos volvimos echando mano de nuestras armas, el indio se detuvo. Soportó el rápido examen al que lo sometimos con absoluta impavidez y una mirada fija

y firme. Como vio que no abrigábamos ningún sentimiento hostil, se puso a sonreír, probablemente dándose cuenta de que nos había alarmado. Fue la primera vez que pude observar hasta qué punto la expresión de alegría cambia completamente la fisonomía de estos hombres salvajes. Más tarde, en numerosas ocasiones, tuve la ocasión de volver a constatarlo. Un indio serio y un indio que sonríe son dos hombres del todo diferentes. En la inmovilidad del primero reina una salvaje majestad que provoca un sentimiento de terror involuntario. Cuando ese mismo hombre sonríe, todo su rostro adquiere una expresión de candidez y bondad que le confiere un auténtico atractivo.

Al verlo sonreír, le dirigimos la palabra. Él nos dejó hablar sin interrumpirnos y luego nos dio a entender por señas que no había entendido nada. Le ofrecimos un poco de aguardiente que aceptó sin vacilación ni cumplidos. Por señas, le pedimos los pájaros que llevaba y nos los dio a cambio de unas monedas. Hechas de esta manera las presentaciones, lo saludamos con la mano y partimos a trote largo. Quedé perplejo cuando, al cabo de un cuarto de hora de rápida marcha, vi que el indio seguía detrás de la grupa de mi caballo. Corría con la agilidad de un animal salvaje, sin decir palabra y aparentemente sin apresurar el paso. Nos detuvimos y se detuvo. Nos lanzamos a la carrera. Nuestros caballos, criados en el desierto, sorteaban los obstáculos con facilidad. El indio aceleró sin esfuerzo su marcha; tan pronto lo veía aparecer por la derecha como por la izquierda de mi caballo, saltando por encima de los

matorrales y aterrizando sin ruido. Parecía uno de esos lobos del norte europeo que siguen a los jinetes con la esperanza de que caigan del caballo para poder devorarlos con más facilidad. La visión de aquel rostro impertérrito que tan pronto desaparecía en la oscuridad de la selva como reaparecía a plena luz, revoloteando a nuestro alrededor, terminó por resultarnos incómoda. No comprendíamos el motivo por el que aquel hombre nos seguía a un paso tan veloz –y tal vez lo venía haciendo desde mucho antes de que lo descubriéramos por primera vez– y comenzamos a barruntar si tal vez no nos estaría dirigiendo a una emboscada. Ocupados en tales pensamientos descubrimos en el bosque ante nosotros el cañón de otra carabina y poco después nos encontramos a la altura de quien la empuñaba. Al principio lo tomamos por otro indio. Iba cubierto con una especie de capote corto, recto y ajustado, que se ceñía alrededor de su cintura, llevaba el cuello desnudo y los pies calzados con mocasines. Cuando al aproximarnos levantó la cabeza, descubrimos de inmediato que se trataba de un europeo y entonces nos detuvimos. Se acercó, nos estrechó la mano cordialmente y nos pusimos a charlar.

–¿Vive usted en este desierto? –le preguntamos.

–Sí, aquella es mi casa –nos contestó mostrándonos entre la espesura una choza aún más miserable que las *log houses* normales.

–¿Vive solo?

–Sí, solo.

–¿Y qué hace usted aquí?

–Recorro el bosque y cazo lo que me sale al paso, aunque a decir verdad hoy en día apenas quedan piezas buenas.

–¿Y le gusta este tipo de vida?

–Más que ningún otro.

–¿Y no teme a los indios?

–¡Temer a los indios! Prefiero vivir cerca de ellos que en compañía de blancos. No, no temo a los indios. Son mejores que nosotros, a no ser que los hayamos pervertido con nuestros licores, ¡los pobres!

Entonces le mostramos al hombre que nos venía siguiendo tan obstinadamente y que se había detenido a algunos pasos de distancia y permanecía inmóvil como un mojón.

–Es un chippewa, nos dijo, o un *sauteur*, como le llaman los franceses. Apuesto a que viene del Canadá de recoger los regalos anuales de los ingleses. Su familia no debe de andar muy lejos.

Dicho esto, el americano le hizo una seña para que se acercara y se puso a hablarle en su lengua con total fluidez. Era digno de ver el gusto con el que intercambiaban sus ideas aquellos dos hombres de orígenes y costumbres tan dispares. La conversación giraba evidentemente alrededor del mérito de sus respectivas armas. El blanco, después de examinar atentamente el fusil del salvaje, dijo:

–Una buena carabina. Sin duda los ingleses se la han dado para que la use contra nosotros, y no dejará de hacerlo en la próxima guerra. Así es cómo los indios se atraen todas las desgracias que los atribulan. Pero ellos, los pobres, no aprenden.

–¿Y los indios saben usar esos largos y pesados fusiles? –pregunté yo.

–No hay tiradores como ellos –contestó vivamente nuestro nuevo amigo con tono de profunda admiración–. Fíjense en los pájaros que les ha vendido, los ha abatido de un solo disparo y estoy seguro de que no ha disparado más de dos veces. ¡No hay persona más feliz que un indio en las regiones de las que todavía no hemos espantado la caza! Pero los animales grandes nos huelen a trescientas millas de distancia y al retirarse dejan tras de sí un desierto en el que los pobres indios ya no pueden vivir sin cultivar la tierra.

Cuando ya nos íbamos, nos gritó:

–Cuando regresen, no duden en llamar a mi puerta. Es un placer encontrar rostros blancos por estos parajes.

Transcribo esta conversación, que en sí misma no tiene nada de particular, para dar a conocer a un tipo de hombre que más tarde encontraríamos frecuentemente en los límites de las tierras habitadas. Son europeos que a despecho de las costumbres de su juventud han terminado encontrando en la libertad del desierto un atractivo irresistible. Identificados con las soledades de América por gusto e inclinación y con Europa por religión, principios e ideas, mezclan el amor por la vida salvaje con el orgullo de la civilización y prefieren los indios a sus compatriotas sin por ello reconocerlos como iguales.

Volvimos a tomar nuestro camino y, al cabo de media hora siempre al mismo paso, encontramos la casa de un pionero. Delan-

te de la puerta, una familia india había instalado su campamento provisional. Una anciana, dos muchachas y numerosos niños se hallaban agrupados alrededor de una hoguera a cuyo calor se asaba lo que quedaba de un corzo entero. Algunos pasos más allá, sobre la hierba, un indio completamente desnudo se calentaba con los rayos del sol, mientras un niño pequeño se revolcaba en el polvo. Fue allí donde se detuvo nuestro silencioso compañero; nos dejó sin despedirse y fue a sentarse gravemente entre sus compatriotas. Qué es lo que había llevado a aquel hombre a seguir por dos leguas la marcha de nuestros caballos, es algo que no conseguimos adivinar. Después de almorzar, volvimos a montar a caballo y seguimos nuestra ruta a través de un alto oquedal poco espeso. Antaño el monte bajo se había quemado, como lo atestiguaban los restos calcinados de algunos árboles derribados entre la hierba, y ahora el suelo, cubierto de helechos, se extendía bajo el follaje de la selva hasta donde alcanzaba la vista.

Unas leguas más adelante, mi caballo perdió una herradura, lo que nos produjo una gran inquietud. Afortunadamente, cerca de allí encontramos a un plantador que consiguió herrarlo. De no haber sido por aquel oportuno encuentro dudo que hubiéramos avanzado mucho más, pues nos acercábamos al límite de los últimos desmontes. Aquel mismo hombre cuya ayuda nos permitió continuar, nos metió prisa, ya que el día empezaba a declinar y todavía nos separaban dos largas leguas de Flint River, donde teníamos intención de pasar la noche.

Muy pronto, en efecto, una profunda oscuridad comenzó a envolvernos. La noche era serena pero glacial. Reinaba en aquellos bosques un silencio tan profundo y una calma tan absoluta que parecía como si todas las fuerzas de la naturaleza hubieran quedado en suspenso. Sólo se escuchaba el incómodo zumbido de los mosquitos y el ruido de los cascos de nuestros caballos. De tanto en tanto, se vislumbraba un fuego indio, delante del cual se dibujaba entre la humareda un perfil austero e inmóvil. Al cabo de una hora llegamos a un lugar donde el camino se bifurcaba en dos senderos. ¿Cuál de los dos debíamos tomar? La elección resultaba delicada; uno de ellos conducía a un arroyo del que desconocíamos la profundidad, mientras el otro desembocaba en un claro del bosque. La luna que comenzaba a levantarse iluminó ante nosotros un valle lleno de restos de árboles. Más allá se distinguían dos casas. Tan importante era no perderse a aquella hora y en semejante lugar que decidimos pedir que nos orientaran antes de seguir adelante. Mi compañero se quedó con los caballos y yo, fusil al hombro, descendí hacía el pequeño valle. Pronto me di cuenta de que se trataba de una zona descuajada recientemente: enormes árboles todavía con sus ramas sin podar alfombraban el suelo. Saltando de uno a otro conseguí llegar con bastante rapidez hasta cerca de las casas, pero el mismo arroyo que nos habíamos encontrado me volvía a cerrar el paso. Por suerte en aquel lugar la corriente estaba obstruida por grandes robles que sin duda habían sido derribados por el hacha del pionero. Conseguí deslizarme a lo largo de ellos y por fin

llegué a la otra orilla. Con cautela me acerqué a las dos casas temiendo que se tratara de *wigwams* indios. Todavía estaban sin acabar, con las puertas abiertas, y ninguna voz respondió a mi llamada. Al volver hasta la orilla del arroyo no pude por menos que pararme a admirar la terrible belleza del lugar. El valle parecía formar un inmenso anfiteatro, ceñido todo alrededor por el follaje del bosque como un negro cortinaje, en cuyo centro al incidir la luz de la luna creaba miles de seres fantásticos que parecían jugar en silencio entre los despojos de la selva. Fuera de esto, ningún sonido, ningún rumor de vida se elevaba de aquella soledad. Finalmente me acordé de mi compañero y lo llamé a grandes voces para participarle el resultado de mis pesquisas y animarle a cruzar el arroyo y venir a mi encuentro. Mi voz resonó largo tiempo en medio de la soledad que me rodeaba, pero no obtuve respuesta alguna. Volví a gritar y esperé. En la selva seguía reinando el mismo silencio de muerte. Se apoderó de mí una gran inquietud y corrí a lo largo del arroyo en busca del vado por donde lo había cruzado curso abajo. Al llegar oí en la lejanía ruido de cascos de caballos y al poco vi aparecer a Beaumont. Alarmado por mi larga ausencia, había decidido avanzar hacia el arroyo. Se encontraba ya en la hondonada cuando lo llamé, por lo que no pudo escuchar mi voz. Me contó que él también había intentado hacerse oír con todas sus fuerzas y que como a mí la falta de respuesta le había espantado. De no ser por el vado que nos permitió encontrarnos, probablemente hubiéramos pasado gran parte

de la noche buscándonos. Nos pusimos nuevamente en camino resueltos a no volvernos a separar y tres cuartos de hora más tarde vislumbramos por fin una zona desbrozada, dos o tres cabañas y, para nuestro alivio, una luz. El río que discurría como una cinta violeta por el fondo del pequeño valle acabó de convencernos de que estábamos llegando a Flint River. Poco después los ladridos de los perros resonaron en el bosque y nos encontramos ante una *log house* con una simple empalizada cerrándonos el paso. Al ir a sortearla, la luna iluminó del otro lado un enorme oso negro que de pie sobre sus patas traseras y tirando de su cadena nos daba a entender con suficiente claridad su intención de darnos un abrazo de lo más fraternal.

–Qué país del demonio es éste –dije–, en el que usan osos como perros guardianes.

–Tendremos que llamar –me contestó mi compañero–, porque si tratamos de atravesar la barrera, me temo que nos resultará difícil hacer entrar en razón al portero.

Llamamos pues a voz en cuello hasta que finalmente un hombre asomó la cabeza por la ventana. Después de observarnos al claro de luna, nos dijo:

–Entren por favor. Trinc, a dormir. A tu caseta, te digo. No son ladrones.

El oso reculó contoneándose y nosotros entramos. Nuestros caballos estaban medio muertos de cansancio y pedimos a nuestro huésped si nos podía dar un poco de avena.

–Desde luego –respondió y se puso inmediatamente a segar el campo más cercano con la típica parsimonia americana como si fuera mediodía.

Mientras tanto, desensillamos nuestras monturas y a falta de establo las atamos a la empalizada que acabábamos de franquear. Una vez nos hubimos ocupado de nuestros compañeros de viaje, pasamos a pensar en una cama. En la casa no había más que una y como la suerte se la deparó a Beaumont, yo me envolví en mi abrigo, me tumbé sobre la tarima y me quedé tan profundamente dormido como corresponde a un hombre que acaba de recorrer quince leguas a caballo.

Al día siguiente, 25 de julio, lo primero que hicimos fue preguntar por un guía. Un desierto de quince leguas separaba Flint River de Saginaw y el camino se reducía a un estrecho sendero apenas reconocible. La idea resultó del agrado de nuestro huésped, quien poco después se presentó con dos indios de los cuales dijo que eran de absoluta confianza. Uno era un niño de trece o catorce años, mientras el otro era un joven de unos dieciocho. El cuerpo de este último, aun sin haber alcanzado todavía las vigorosas formas de la edad adulta, transmitía ya una sensación de agilidad y fortaleza. Era de mediana estatura, esbelto y espigado, de miembros flexibles y bien proporcionados. De su cabeza descubierta caían unas largas trenzas y además llevaba el rostro pintado con esmero en simétricos trazos negros y rojos. Un anillo, que le atravesaba el tabique nasal, un collar y unos pendientes en las orejas

completaban su atavío. Su bagaje de guerra no era menos llamativo. En un costado llevaba un hacha de guerra, el célebre *tomahawk*, en el otro, un largo y afilado cuchillo con el que los salvajes arrancan la cabellera de sus enemigos. Del cuello le pendía un cuerno de toro que le servía de cebador y en su mano derecha portaba una carabina de cañón rayado. Como la mayor parte de los indios, su mirada era feroz y bondadosa su sonrisa. A su lado, como completando el cuadro, caminaba un perro de orejas tiesas y largo hocico, más parecido a un zorro que a cualquier otro animal, y cuyo aire salvaje armonizaba perfectamente con el continente de su dueño. Después de observarlo con una atención de la que no pareció apercibirse en ningún momento, le preguntamos qué deseaba a cambio del servicio que nos iba a prestar. El indio respondió algunas palabras en su lengua y el americano, apresurándose a tomar la palabra, nos hizo saber que lo que el salvaje pretendía podía ser valorado en unos dos dólares.

–Como estos pobres indios –añadió caritativo nuestro huésped– no conocen el valor del dinero, dénmelo ustedes a mí que yo gustosamente me encargaré de facilitarle las mercancías equivalentes.

Curioso por ver qué entendía aquel digno individuo por el equivalente de dos dólares, le seguí con disimulo hasta donde se celebraba el mercado y vi cómo entregaba a nuestro guía un par de mocasines y un pañuelo, objetos cuyo valor no superaba la mitad de la mencionada cantidad. El indio se fue muy satisfecho y yo me retiré en silencio, murmurando como La Fontaine:

–¡Ah! Si los leones supieran pintar.[7]

Sin embargo, no es sólo a los indios a los que los pioneros americanos toman por incautos. Nosotros mismos todos los días éramos víctimas de su extremada avidez por el beneficio. Cierto es que jamás roban. Son demasiado astutos para cometer semejante imprudencia, pero por lo demás nunca he visto hostelero de gran ciudad encarecer con tanto descaro como estos habitantes del desierto entre los cuales yo esperaba encontrar la honestidad primitiva y la simplicidad de las costumbres patriarcales.

Con todo preparado, montamos a caballo y, una vez vadeado el arroyo que marca el límite entre la civilización y el desierto, finalmente nos adentramos en la soledad.

Nuestros dos guías más que caminar saltaban delante de nosotros como gatos salvajes por encima de los obstáculos del camino. Si nos encontrábamos con un árbol caído, un arroyo o una ciénaga, con el dedo nos indicaban el mejor camino y continuaban adelante sin detenerse un solo instante para ver cómo salíamos del mal paso. Habituado a no contar más que con sus propias fuerzas, el indio difícilmente concibe que alguien pueda necesitar ayuda. Os la prestará en caso de necesidad, pero todavía nadie le ha enseñado el arte de

7. La Fontaine, *Fables* (III, 10), *Le lion abattu par l'homme*, adaptada por Samaniego con el título de *El león vencido por el hombre*: «Cierto artífice pintó una lucha, en que, valiente, un Hombre tan solamente a un horrible León venció. Otro león, que el cuadro vio, sin preguntar por su autor, en tono despreciador dijo: "bien se deja ver que es pintar como querer, y no fue león el pintor"».

ponerla en valor por medio de la deferencia y la delicadeza. No obstante, les habríamos hecho algunas observaciones sobre su manera de actuar, pero nos resultaba imposible hacer que comprendieran una sola palabra y además nos sentíamos absolutamente a su merced. En efecto, allí la escala se encuentra totalmente invertida; sumergido en una profunda oscuridad y reducido a sus propias fuerzas, el hombre civilizado avanza a tientas, incapaz de orientarse en el laberinto que atraviesa o de encontrar los medios para sobrevivir. En cambio, es en medio de esas dificultades donde triunfa el salvaje; para él el bosque carece de secretos, se encuentra allí como en su casa y avanza con la cabeza erguida, guiado por un instinto más seguro que la brújula del navegante. En la copa de los árboles más altos, bajo el follaje más espeso, su ojo descubre la presa cerca de la cual el europeo hubiera podido pasar cien veces en vano.

De vez en cuando, nuestros indios se detenían con el dedo sobre los labios para indicarnos sigilo y, haciéndonos señas para que desmontáramos, nos guiaban hasta un lugar desde el que se podía espiar al jabalí. Resultaba curioso ver la sonrisa de desdén con la que nos llevaban como a niños de la mano cerca de lo que ellos habían descubierto desde hacía ya un buen rato.

Sin embargo, a medida que avanzábamos, las últimas huellas del hombre fueron desapareciendo. Pronto cesaron hasta los rastros anunciadores de la presencia del salvaje y se desplegó ante nosotros el espectáculo que veníamos persiguiendo desde hacía tanto tiempo, el interior de una selva virgen.

En medio de un bosquecillo poco espeso, a través del cual se podía abarcar una distancia considerable, se elevaba súbitamente un oquedal compuesto casi exclusivamente por pinos y robles. Obligado a crecer sobre un terreno limitado y prácticamente privado de los rayos del sol, cada árbol elige el camino más corto para alcanzar el aire y la luz. Recto como un mástil, se eleva por encima de todo lo que le rodea y, al alcanzar las alturas, despliega tranquilamente sus ramas envolviéndose en su propia sombra. Pronto otros árboles lo acompañan en esta esfera celeste y entrelazando sus ramas forman una especie de inmenso dosel por encima del suelo que les sirve de sustento. Bajo esta bóveda húmeda e inmóvil, el aspecto cambia y la escena adquiere un carácter totalmente distinto. Mientras un orden majestuoso reina por encima de vuestras cabezas, cerca de la tierra, por contra, todo es confusión y caos. Troncos incapaces de soportar por más tiempo sus ramas se ven desmochados a la mitad de su altura dejando al descubierto un extremo agudo y desgarrado. Otros, tras largo tiempo azotados por el viento, se han precipitado enteros sobre el suelo, con sus raíces al aire formando otras tantos parapetos naturales tras los que fácilmente podrían protegerse varios hombres. Inmensos árboles, sostenidos por las ramas de los que los circundan, permanecen suspendidos en el aire y se van transformando en polvo sin llegar a tocar el suelo. No existen entre nosotros países tan poco poblados como para que un bosque sea abandonado a su suerte de tal forma que los árboles, después de seguir sin intromisiones su destino, se desmoronen al fin de decrepitud. Es el hombre el que los

derriba en su plenitud y quien limpia el bosque de sus despojos. En las soledades americanas por contra, la naturaleza en toda su potencia es el único agente de su ruina como lo es también de su reproducción. Del mismo modo que en los bosques sometidos al dominio del hombre, aquí la muerte golpea sin cesar, pero nadie se encarga de retirar los residuos que produce. Todos los días aumenta su número; los árboles caen y se acumulan los unos sobre los otros, sin que el tiempo consiga convertirlos en polvo con suficiente diligencia para dejar el terreno libre para los siguientes. Y así yacen una junto a otra varias generaciones de muertos. Unos, alcanzado ya el último estadio de la disolución, no presentan sobre la hierba más que un largo trazo de polvo rojizo. Otros, sin embargo, a medio consumir por el tiempo, todavía conservan su forma; y finalmente están los que caídos ayer mismo todavía extienden sus largos ramajes sobre la tierra, entorpeciendo como un obstáculo imprevisto los pasos del viajero. En medio de todo este desecho, el trabajo de la reproducción continúa sin tregua. Retoños, plantas trepadoras y hierbas de todas las especies se abren paso entre los obstáculos. Trepan a lo largo de los troncos caídos, horadan sus restos polvorientos y levantan y quebrantan la corteza que todavía los cubre. Pareciera que aquí la vida y la muerte, en permanente presencia, hubieran querido mezclar y confundir sus obras.

Más de una vez hemos podido admirar en medio del mar una de esas noches claras y en calma, en que las velas penden perezosas de los mástiles impidiendo al marinero saber de qué lado se

levantará la brisa. En las soledades del Nuevo Mundo ese reposo de la naturaleza toda no resulta menos impresionante que en la inmensidad del mar. Cuando al mediodía los rayos del sol asaetean el bosque, a menudo se escucha resonar en sus profundidades una especie de largo gemido, un grito quejumbroso, perdiéndose a lo lejos. Es el último suspiro del viento que cesa y de repente todo a vuestro alrededor se sume en un silencio tan profundo, en una inmovilidad tan completa, que el alma se siente embargada por una especie de religioso terror. Entonces el viajero se detiene y mira. Apretados los unos contra los otros, con sus ramas entrelazadas, los árboles de la selva parecen formar un todo, un edificio inmenso e indestructible bajo cuya bóveda reina una eterna oscuridad. A cualquier parte que dirija la mirada, no encontrará más que un paisaje de violencia y desolación: árboles hendidos, troncos desgarrados, todo es allí anuncio de la perpetua guerra entre los elementos. Sin embargo, la lucha se mantiene en suspenso, el movimiento súbitamente detenido como obedeciendo a un poder desconocido. Ramas medio desgajadas cuelgan de troncos que no parecen capaces de sostenerlas; árboles ya desarraigados, sin tiempo aún de llegar al suelo, permanecen suspendidos en el aire.

Se escucha conteniendo angustiosamente la respiración, tratando de captar la más mínima resonancia de vida: ningún sonido, ningún murmullo llega hasta sus oídos. Más de una vez en Europa nos hemos encontrado extraviados en medio de un bosque, pero siempre algún sonido de vida llegaba hasta nosotros, ya fuera el tañido

lejano de la campana de un pueblo cercano, los pasos de un viajero, el hacha de un leñador, el ruido de un disparo, los ladridos de un perro o simplemente ese rumor confuso propio de la vida civilizada. Aquí, no sólo falta el hombre, sino que tampoco se escucha la voz de los animales. Los más pequeños han abandonado sus lugares para aproximarse a los habitados por el hombre, mientras los más grandes los han abandonado para alejarse aún más, y los que quedan se mantienen ocultos a los rayos del sol. Por eso en el bosque todo es inmovilidad, todo es silencio bajo su follaje. Se diría que el Creador por un instante hubiera apartado la mirada dejando las fuerzas de la naturaleza paralizadas.

No es éste el único aspecto en que hemos podido apreciar la singular analogía existente entre la contemplación del mar y la de un bosque salvaje. Tanto en la una como en el otro os asedia una misma sensación de inmensidad. La persistencia de las mismas escenas, su monotonía, sorprende y abruma la imaginación. En las soledades del Nuevo Mundo, reencontré quizás de manera más intensa y angustiosa el sentimiento de aislamiento y abandono que tan penoso me había resultado en medio del Atlántico. Al menos en el mar, el viajero tiene un amplio horizonte al que dirigir su mirada esperanzada, pero en este océano de follaje, ¿cómo reconocer el camino?, ¿hacia dónde dirigir la mirada? Inútil es que subáis a la copa de los árboles más altos, otros aún más altos os rodean; o que tratéis de subir a una colina, pues el bosque avanza con vosotros rodeándoos. Ese mismo bosque que se extiende ante vosotros hasta el Ártico y el océano

Pacífico. Podéis recorrer miles de leguas bajo su sombra con la permanente sensación de no haberos movido un ápice del mismo sitio.

Pero volvamos al camino de Saginaw. Llevábamos ya cinco horas de marcha a través de lugares totalmente desconocidos, cuando nuestros indios se detuvieron y el de más edad, que se llamaba Sagan-Ruisco, trazó una línea sobre la arena. Señaló uno de los extremos gritando «Miché-Couté-Ouinque», el nombre indio de Flint River, y el extremo opuesto pronunciando el nombre de Saginaw, luego marcó el punto medio de la línea para indicarnos que nos encontrábamos a mitad de camino y que era hora de descansar un poco. El sol se encontraba ya alto sobre el horizonte y habríamos aceptado de buena gana la invitación que se nos hacía si hubiéramos visto agua cerca. Pero al no verla a nuestro alrededor, le hicimos señas al indio de que queríamos comer y beber al mismo tiempo. Inmediatamente nos comprendió y se volvió a poner en marcha con la misma celeridad de antes. A una hora de allí, se volvió a detener y nos señaló a treinta pasos en el bosque un lugar en donde por señas nos indicó que había agua. Sin esperar nuestra respuesta ni ayudarnos a desensillar los caballos, allí se dirigió. Nos apresuramos a seguirle. En aquel sitio, poco antes el viento había derribado un gran árbol y en el hueco que habían ocupado sus raíces se había acumulado un poco de agua de lluvia. Ésta era la fuente a la que nos había conducido nuestro guía sin que se le hubiera pasado por la cabeza que pudiéramos poner reparos a beber semejante brebaje. Abrimos nuestras alforjas y ¡otro contratiempo!, con el calor se habían echado a

perder nuestras provisiones, así que por todo alimento nos vimos reducidos a comer un pequeño pedazo de pan, el único que habíamos conseguido encontrar en Flint River. Si a esto se añade la nube de mosquitos, que atraídos por la proximidad del agua, debíamos espantar con una mano mientras con la otra tratábamos de acercarnos el pan a la boca, se hará uno una idea de en qué consiste una merienda campestre en medio de la selva virgen. Mientras comíamos, nuestros indios se mantuvieron sentados con los brazos cruzados sobre el tronco caído que he mencionado. Cuando vieron que habíamos acabado, nos hicieron saber por señas que ellos también tenían hambre. Les mostramos el talego vacío. Sacudieron la cabeza sin decir nada. El indio no sabe lo que es comer a horas regladas, se harta cuando puede y después ayuna hasta que de nuevo encuentra con que saciar su hambre. Los lobos, en circunstancias parecidas, actúan de la misma forma. Cuando decidimos volver a montar a caballo, nos dimos cuenta con espanto que nuestras monturas habían desaparecido. Zaheridas por los mosquitos y aguijoneadas por el hambre, se habían alejado del sendero en que las habíamos dejado y con harta dificultad conseguimos ponernos tras sus huellas. Si hubiéramos permanecido distraídos un cuarto de hora más, nos habríamos despertado como Sancho, con la silla entre las piernas. Bendecimos de todo corazón a los mosquitos que nos habían hecho desear tan pronto la partida y nos pusimos de nuevo en camino. El sendero que seguíamos no tardó en volverse cada vez más difícil de reconocer. A cada paso, nuestros caballos se veían forzados a atrave-

sar espesos matorrales o a saltar por encima de los troncos de inmensos árboles que entorpecían el camino. Al cabo de dos horas de marcha sumamente penosa, llegamos finalmente a la orilla de un río poco profundo pero muy encajonado. Lo vadeamos y al llegar a la otra orilla, vimos un campo de maíz y dos chozas parecidas a las *log houses*. Al acercarnos nos dimos cuenta de que se trataba de un pequeño poblado indio. Las supuestas *log houses* eran en realidad *wigwams*. Por lo demás, en el lugar, como en el bosque circundante, reinaba la más profunda soledad. Al llegar a la primera de las viviendas, Sagan-Ruisco se detuvo, examinó atentamente todos los objetos que había en los alrededores, luego se descolgó la escopeta y, acercándose a nosotros, volvió a trazar una línea en el suelo, indicándonos de la misma manera que la vez anterior que sólo habíamos recorrido dos tercios del camino. Después, levantándose nos señaló el sol y por señas nos dio a entender que se estaba poniendo muy deprisa. Finalmente miró el *wigwam* y cerró los ojos. El mensaje resultaba claramente comprensible: quería que pasáramos allí la noche. He de reconocer que la proposición nos sorprendió desagradablemente. No habíamos comido desde la mañana y no nos hacía ninguna gracia acostarnos sin cenar. La majestad sombría y salvaje de las escenas de las que habíamos sido testigos desde la mañana, el completo aislamiento del lugar en que nos encontrábamos, unidos al feroz continente de nuestros guías, con los que resultaba imposible comunicarse, no nos inducía a sentirnos confiados. Además, en la conducta de los indios había algo singular que nos hacía recelar. El camino que

veníamos siguiendo desde hacía dos horas parecía aún menos frecuentado que el que habíamos recorrido anteriormente. Nadie nos había dicho que tuviéramos que atravesar un poblado indio, por el contrario, nos habían asegurado que se podía ir de Flint River a Saginaw en una sola jornada. Por ello no podíamos entender por qué nuestros guías querían hacernos pasar la noche en un lugar tan desolado. Insistimos en continuar, pero el indio nos dio a entender que nos sorprendería la oscuridad en medio del bosque. Forzar a nuestros guías a continuar podía resultar una tentativa peligrosa, por lo que decidimos apelar a su codicia. Pero el indio es el más filosófico de todos los hombres, tiene pocas necesidades y, por tanto, pocos deseos. Al no sentirse atado a la civilización, ignora o desprecia sus dulzuras. Sin embargo, me había dado cuenta de que Sagan-Ruisco se había fijado especialmente en una pequeña cantimplora recubierta de mimbre que pendía de mi costado. Una botella irrompible, ése sí era un objeto cuya utilidad le había resultado evidente y había provocado su admiración. Mi fusil y mi cantimplora eran los únicos elementos de mis pertrechos de europeo que parecían haber estimulado su deseo. Le hice señas de que le daría la botella si nos llevaba inmediatamente hasta Saginaw. El indio por un instante pareció debatirse intensamente hasta que finalmente se decidió: cogió su carabina, gritó dos veces «¡ouh! ¡ouh!» abocinándose la boca con la mano, y se precipitó delante nuestro a través de los matorrales. Le seguimos a trote largo y, abriéndonos paso a través de la espesura, pronto perdimos de vista el poblado indio. Nuestros guías siguieron

corriendo así durante dos horas con mayor celeridad de lo que lo habían hecho hasta entonces. Sin embargo, la noche se nos iba echando encima y los últimos rayos del sol habían desaparecido entre los árboles del bosque, cuando Sagan-Ruisco se vio sorprendido por una repentina hemorragia nasal. A pesar de lo habituados que parecían tanto él como su hermano al ejercicio físico, resultaba evidente que el cansancio y la falta de alimento comenzaban a agotar sus fuerzas. Comenzamos a temer que renunciasen a la empresa y optaran por pasar la noche al pie de un árbol. Decidimos pues hacerles montar alternativamente en nuestros caballos, ofrecimiento que aceptaron sin sorpresa ni servilismo. Resultaba un espectáculo extravagante el ver a aquellos hombres medio desnudos gravemente sentados sobre una silla inglesa, llevando nuestros morrales y fusiles en bandolera, mientras nosotros avanzábamos dificultosamente delante de ellos. Finalmente cayó la noche y una humedad glacial comenzó a extenderse bajo el follaje. En la oscuridad, el bosque adquirió un nuevo y terrible aspecto. No se percibían más que masas confusas, sin orden ni concierto, formas extrañas y desproporcionadas, escenas incoherentes, imágenes fantásticas que parecían surgidas de un delirio febril. (Lo gigantesco y lo ridículo aparecían allí tan en vecindad como en la literatura de nuestro tiempo.) Nunca nuestros pasos habían resultado tan sonoros, nunca el silencio del bosque nos había parecido tan impresionante. Se podría decir que el zumbido de los mosquitos constituía la única respiración de aquel mundo dormido. A medida que avanzábamos, las tinieblas se iban haciendo cada vez

más espesas. Sólo de vez en cuando el vuelo de una luciérnaga trazaba un hilo de luz en sus profundidades. Reconocimos demasiado tarde lo juicioso de los consejos del indio, pero ya no era hora de volvernos atrás. Continuamos pues nuestra marcha lo más rápido que nuestras fuerzas y la noche lo permitían. Al cabo de una hora salimos del bosque y nos encontramos en una amplia pradera. Nuestros guías lanzaron por tres veces un grito salvaje que resonó como las notas discordantes del tam-tam. Alguien respondió en la lejanía. Cinco minutos más tarde llegamos a la orilla de un río del que la oscuridad nos impedía ver la ribera opuesta. Los indios se detuvieron, se envolvieron en sus mantas para evitar la picadura de los mosquitos y se tumbaron sobre la hierba formando una simple bola de lana apenas perceptible y en la que resultaba imposible reconocer la forma humana. Nosotros desmontamos y esperamos pacientemente lo que tuviera que pasar. Al cabo de algunos minutos comenzamos a percibir un leve rumor y algo que se aproximaba a la orilla. Era una canoa india de unos diez pies de largo, de extraño color y hecha a partir de un solo árbol. El hombre que iba acuclillado al final de la frágil embarcación iba vestido y tenía todo el aspecto de un indio. Habló con nuestros guías, quienes respondiendo a sus órdenes se apresuraron a quitar las sillas a los caballos y a colocarlas en la piragua. Cuando me preparaba a subir yo también en la canoa, el pretendido indio se dirigió hacia mí, me puso dos dedos en el hombro y me dijo con un acento normando que me sobresaltó:

–No tan deprisa, a veces alguno se ahoga.

Si mi caballo me hubiera dirigido la palabra no creo que me hubiera sentido más sorprendido. Me volví hacia quien así me hablaba, cuya cara relucía como una bola de cobre con los primeros rayos de la luna.

–¿Quién es usted –le dije–, que parece dominar el francés como su propia lengua y sin embargo tiene un aspecto enteramente indio?

Me respondió que era un *bois-brûlé*, es decir, el hijo de un canadiense y una india. Tiempo tendría más adelante de hablar a menudo de esta singular raza de mestizos extendida por todas las zonas fronterizas de Canadá y parte de las de los Estados Unidos, pero en aquel momento me abandoné al placer de hablar mi propia lengua. Siguiendo el consejo de nuestro compatriota el salvaje, me senté en el fondo de la canoa tratando de mantener el equilibrio lo mejor que podía. El caballo entró en el río y se puso a nadar, mientras el canadiense empujaba la barquilla con el remo cantando a media voz una vieja tonada francesa de cuya letra no entendí más que los dos primeros versos.

Entre Paris et Saint-Denis
Il était une fille.

De esta manera llegamos sin incidentes hasta la otra ribera y la canoa regresó inmediatamente para recoger a mi compañero. Toda mi vida recordaré el momento en que por segunda vez la canoa se acercó a la orilla. La luna llena comenzaba a elevarse por encima de la pradera que acabábamos de atravesar. La mitad de su disco

aparecía solitario sobre el horizonte como si de una misteriosa puerta se tratara, a través de la cual nos llegara una luz de otro mundo. El rayo se reflejaba sobre el agua del río y llegaba rielando hasta mí. Sobre el camino trazado por esa pálida luz vacilante avanzaba la piragua india. No se veía el remo ni se percibía el rumor de la remada; la canoa se deslizaba veloz y sin esfuerzo, larga, estrecha y negra, como un caimán del Mississippí que se acercara a la ribera en busca de su presa. Acuclillado en la punta de la canoa, Sagan-Ruisco, con la cabeza apoyada en las rodillas, no dejaba ver más que las brillantes trenzas de su cabellera. En el otro extremo, el canadiense remaba en silencio, mientras a su lado el caballo removía el agua del Saginaw con el potente empuje de su pecho. Tal era la grandiosidad salvaje de la escena que hasta hoy perdura la profunda impresión que dejó en mi alma. Llegados a la orilla, nos aprestamos a dirigirnos hacia una casa que la luna acababa de descubrirnos a cien pasos del río y donde nos había asegurado el canadiense que podríamos encontrar albergue. Y efectivamente, conseguimos instalarnos de una manera bastante aceptable y probablemente habríamos disfrutado de un profundo sueño reparador si hubiéramos podido desembarazarnos de las miríadas de mosquitos que llenaban la casa. Pero es algo que nunca conseguimos. El bicho, que en inglés se conoce como *mosquito* y en francés canadiense, como *maringouin*, es un pequeño insecto muy parecido al *cousin* de Francia del que sólo se diferencia por su tamaño. Generalmente es más grande y su trompa, tan fuerte y acerada que sólo

los tejidos de lana pueden poneros a salvo de sus picaduras. Estas mosquitas son el flagelo de las soledades americanas. Su presencia es suficiente para convertir una larga jornada en algo insoportable. Por lo que a mí respecta, he de reconocer que nunca he sufrido un tormento semejante al que me hicieron padecer a lo largo de todo el viaje y en particular durante nuestra jornada a Saginaw. Durante el día nos impedían dibujar, escribir o permanecer más de un instante en un mismo lugar; por la noche zumbaban a millares a nuestro alrededor y cada porción del cuerpo que dejáramos al descubierto se convertía instantáneamente en blanco de sus ataques. Despertados por el dolor de la picadura tratábamos de cubrir nuestra cabeza con las sábanas, pero era en vano, su aguijón las atravesaba. Expulsados y perseguidos, nos levantábamos y salíamos fuera a respirar el aire fresco hasta que finalmente la fatiga nos rendía a un sueño penoso y sobresaltado.

Nos levantamos muy temprano y lo primero que nos sorprendió al salir de la casa fue ver a nuestros indios envueltos en sus mantas cerca de la puerta durmiendo junto a sus perros.

Vimos entonces a plena luz del día el pueblo de Saginaw que habíamos venido buscando desde tan lejos.

Una pequeña llanura cultivada, limitada al sur por un hermoso y apacible río, y al norte, este y oeste, por el bosque, componía en aquel entonces todo el territorio de la naciente ciudad.

Cerca de nosotros se levantaba una casa cuya estructura anunciaba la prosperidad de su propietario. Se trataba de la casa en la

que acabamos de pasar la noche. Una morada del mismo tipo se veía en el otro extremo de la zona descuajada. En medio y a lo largo de la linde del bosque dos o tres *log houses* se medio perdían entre el follaje. En la ribera opuesta, se extendía la pradera como un océano sin límites en un día en calma. Una columna de humo se elevaba plácidamente hacia el cielo. Siguiéndola en sentido inverso, se descubrían finalmente dos o tres *wigwams* de forma cónica cuyo agudo extremo superior se confundía con la hierba de la pradera.

Un arado volcado, unos bueyes volviendo por sí mismos a la labranza y algunos caballos medio salvajes completaban el cuadro.

En cualquier dirección que uno dirigiera la mirada, buscaría en vano la aguja de un campanario gótico, el crucero de madera que marca el camino o el umbral cubierto de musgo del presbiterio. Esos venerables vestigios de la antigua civilización cristiana no habían sido trasladados hasta el desierto; nada recordaba todavía la idea del pasado o del futuro. Ni siquiera había espacios consagrados para aquellos que ya no nos acompañan. La muerte misma no había tenido tiempo de reclamar su imperio ni de limitar su territorio.

Aquí el hombre todavía parece introducirse furtivamente en la vida. No se reúnen las diferentes generaciones alrededor de su cuna para expresar esperanzas a veces equivocadas y librarse a alegrías prematuras que el tiempo desmiente. Su nombre aún no está inscrito en los registros de la ciudad. La religión no viene a mezclar sus impresionantes solemnidades con los cuidados de la familia. Las oraciones de una mujer y algunas gotas de agua vertidas por la

mano paterna sobre la cabeza del infante le abren sin ruido las puertas del cielo.

El pueblo de Saginaw es el último punto habitado por europeos en el noroeste de la enorme península de Michigan. Se puede considerar como un puesto avanzado, una suerte de garita que los blancos han instalado en medio de las naciones indias.

Las revoluciones europeas, los clamores tumultuosos que se elevan sin cesar en el mundo civilizado, no llegan aquí más que de tarde en tarde como la resonancia de un sonido cuya naturaleza y origen el oído apenas logra distinguir.

Unas veces será un indio quien al pasar contará con la poesía del desierto algunas de las tristes realidades de la vida social; otras, un periódico olvidado en el morral de un cazador, o simplemente el vago rumor propagado por voces anónimas y que casi nunca deja de advertir a los hombres de que algo extraordinario sucede bajo el sol.

Una vez al año, un barco remonta el curso del Saginaw para volver a unir ese eslabón suelto a la gran cadena europea que ya abraza entre sus vueltas al mundo entero. Trae al nuevo establecimiento los productos diversos de la industria y se lleva de vuelta los frutos de la tierra.

Únicamente una treintena de personas, hombres, mujeres, ancianos y niños, componían, cuando estuvimos, esta pequeña sociedad, embrión apenas desarrollado, germen naciente, confiado al desierto y que el desierto debe fecundar.

El azar, el interés o las pasiones habían reunido en este pequeño espacio a esas treinta personas. Más allá de eso, nada tenían en común y se diferenciaban profundamente las unas de las otras. Había entre ellas canadienses, americanos, indios y mestizos.

Ciertos filósofos han creído ver en todas partes una única naturaleza humana, cuyas variaciones se debieran a las instituciones y las leyes de las diferentes sociedades. Es ésta una de esas opiniones que cada página de la historia del mundo parece desmentir. Las naciones como los individuos se muestran con una fisonomía que les es propia. Los rasgos característicos de su semblante se reproducen a través de las transformaciones que soportan. Las leyes, las costumbres y las religiones cambian, el imperio y la riqueza se desplazan, el aspecto exterior varía, el vestido difiere, los prejuicios desaparecen o son sustituidos por otros, pero, entre todos estos cambios diversos, siempre se reconoce al mismo pueblo. Algo de imperturbable aflora en medio de la flexibilidad humana.

Los hombres que habitan esta pequeña planicie cultivada pertenecen a dos pueblos que desde hace un siglo conviven sobre el suelo americano y se hallan sometidos a las mismas leyes. Sin embargo, no tienen nada en común. Siguen siendo ingleses y franceses tal como lo son a orillas del Sena y del Támesis.

Entrad en esa cabaña hecha de ramas y os encontraréis con un hombre que os acoge con cordialidad, cuyo rostro y cuyos labios entreabiertos delatan inmediatamente su gusto por los placeres de la sociedad y su despreocupación por la vida. En un primer mo-

mento quizá lo toméis por un indio; sometido a la vida salvaje, voluntariamente ha adoptado sus ropas, sus usos y casi sus costumbres. Lleva mocasines, un gorro de nutria y una manta de lana. Es un infatigable cazador que duerme al raso, se alimenta de miel silvestre y de carne de bisonte. Sin embargo ese hombre no dejará por ello de ser menos francés: alegre, emprendedor, fanfarrón, orgulloso de su origen, apasionado amante de la gloria militar, más vanidoso que interesado, hombre de instinto que obedece a su primer impulso más que a la razón, que prefiere el ruido al dinero. Para venir al desierto, parece haber cortado todos los lazos que lo unían a la vida; no tiene mujer ni hijos. Este estado es contrario a sus costumbres, pero a él se somete fácilmente, como a todas las cosas. Por propia inclinación se siente naturalmente casero, a nadie como a él le gusta tanto el hogar doméstico, a nadie le gusta más regocijar la mirada a la vista del campanario familiar. Pero muy a su pesar ha sido arrancado de sus tranquilas costumbres. Estimulada su imaginación con escenas nuevas y transplantado bajo otro cielo, ese mismo hombre se ha visto poseído de repente por una necesidad insaciable de violentas emociones, vicisitudes y peligros. El europeo más civilizado se ha convertido en un adorador de la vida salvaje. Preferirá las sabanas a las calles de las ciudades, la caza a la agricultura, y se jugará la existencia viviendo sin preocupación alguna por el futuro.

«Los blancos de Francia, dicen los indios del Canadá, son tan buenos cazadores como nosotros. Como nosotros, desprecian las

comodidades de la vida y desafían los terrores de la muerte. Dios los creó para habitar la choza del salvaje y vivir en el desierto.»

A algunos pasos de este hombre habita otro europeo que, sometido a las mismas dificultades, se resiste a ellas.

Es éste un hombre frío y tenaz, implacable polemista, que se vincula a la tierra y arranca de la vida salvaje todo lo que de ella se puede obtener. Lucha sin tregua contra ella y la despoja día a día de sus atributos. Transporta hasta el desierto, pieza a pieza, sus leyes, sus costumbres, sus usos y si puede hasta los más mínimos refinamientos de su avanzada civilización. El emigrante de Estados Unidos no aprecia la victoria más que por sus resultados; considera que la gloria es un ruido vano y que el hombre no viene al mundo más que para adquirir la prosperidad y las comodidades de la vida. Sin embargo, es valiente, aunque valiente por cálculo, valiente porque ha descubierto que hay cosas mucho más duras de soportar que la propia muerte. Aventurero rodeado de su familia, extrae sin embargo escaso gusto de los placeres intelectuales y de los encantos de la vida social.

Al otro lado del río, entre los cañaverales del Saginaw, de vez en cuando el indio lanza una mirada estoica sobre la morada de sus hermanos europeos. No se vaya a creer que admira sus trabajos o envidia su suerte. Después de casi trescientos años debatiéndose contra la civilización que lo empuja y lo rodea, el salvaje americano todavía no ha aprendido a entender y a estimar a su enemigo. Las generaciones se suceden en vano dentro de las dos razas. Como dos

ríos paralelos, fluyen desde hace trescientos años hacia un abismo común; un estrecho espacio los separa, pero no mezclan sus caudales. Sin embargo, no es que la incomprensión del indígena del Nuevo Mundo sea debida a una falta de aptitud natural sino al rechazo obstinado de su naturaleza respecto a nuestras ideas y nuestras artes. Tumbado sobre una manta en medio de la humareda de su choza, el indio mira con desprecio la cómoda morada del europeo y se complace con orgullo en su miseria; las imágenes de su bárbara independencia elevan y colman su corazón. Sonríe amargamente viéndonos atormentar nuestra vida para adquirir riquezas inútiles. Lo que nosotros llamamos industria, él lo llama humillante sujeción. Compara al trabajador con el buey que va abriendo penosamente su surco. Lo que nosotros llamamos comodidades de la vida, él lo considera juguetes infantiles o refinamientos afeminados. Lo único que nos envidia son nuestras armas. Si puede refugiar su cabeza por la noche bajo una tienda de ramas, si puede encender un fuego para ahuyentar los mosquitos en verano y protegerse del frío en invierno, si sus perros son buenos y la comarca abundante en caza, ¿qué más puede pedirle al Ser Eterno?

En la otra ribera del Saginaw, cerca de las zonas desbrozadas de los europeos y, por así decirlo, en los confines entre el Viejo y el Nuevo Mundo se levanta una rústica cabaña, más cómoda que el *wigwam* del salvaje pero más rústica que la casa del hombre civilizado. Es la morada del mestizo. Cuando nos acercamos por primera vez a la puerta de esta choza medio civilizada, nos sorpren-

dió vivamente escuchar en su interior una dulce voz que salmodiaba con cadencia india los cánticos penitenciales. Nos detuvimos un momento. La modulación era lenta y profundamente melancólica; resultaba fácil reconocer la quejumbrosa armonía que caracteriza todos los cantos del hombre en el desierto. Entramos. El dueño se encontraba ausente. Sentada en medio de la estancia, con las piernas cruzadas sobre una estera, una mujer joven hacía mocasines mientras con el pie mecía a un niño cuyos rasgos y piel cobriza anunciaban su doble origen. La mujer hubiera pasado por una de nuestras campesinas a no ser porque iba descalza y llevaba el pelo suelto sobre los hombros. Al darse cuenta de nuestra presencia enmudeció con una suerte de temor respetuoso. Le preguntamos si era francesa.

–No –respondió ella sonriendo.

–¿Inglesa?

–Tampoco –dijo, y bajando los ojos añadió–: No soy más que una salvaje.

Hijo de dos razas, criado en el uso de dos lenguas, alimentado de creencias diversas y arrullado por prejuicios opuestos, el mestizo forma un compuesto tan inexplicable para sí mismo como para los demás. Las imágenes del mundo que se reflejan en su mente simple se le aparecen como un caos inextricable del que su espíritu no acierta a encontrar la salida. Orgulloso de su origen europeo, desprecia el desierto y sin embargo ama la libertad salvaje que reina en él. Admira la civilización pero no puede someterse completa-

mente a su imperio. Sus gustos están en contradicción con sus ideas, sus opiniones con sus costumbres. Sin saber cómo conducirse a la dudosa luz que la alumbra, su alma se debate penosamente entre los balbuceos de una duda universal y adopta usos opuestos: reza en dos altares, cree en el Redentor del mundo y en los amuletos del charlatán, y llega al final de su vida sin haber logrado desentrañar el oscuro problema de su existencia.

Así pues, en este rincón de la tierra ignorado del mundo, la mano de Dios ha esparcido ya las semillas de naciones diversas. Diferentes razas, pueblos distintos, se encuentran aquí ya representados.

Algunos miembros exiliados de la gran familia humana se han reencontrado en esta gran inmensidad del bosque. Sus necesidades son comunes: juntos tienen que luchar contra las bestias de la selva, el hambre y las inclemencias de las estaciones. Son apenas una treintena en medio de un desierto donde todo les es hostil y, sin embargo, sólo se lanzan entre sí miradas de odio y sospecha. El color de la piel, la pobreza o la prosperidad, la ignorancia o las luces han establecido ya entre ellos jerarquías indestructibles; los prejuicios nacionales, los de la educación y el nacimiento los dividen y aíslan.

¿Dónde se puede encontrar en un espacio tan reducido un cuadro más completo de las miserias de nuestra naturaleza? Pero todavía falta un detalle. Las profundas barreras que la cuna y la opinión han trazado entre el destino de estos hombres no acaban con la

vida, sino que se extienden más allá de la tumba. Seis religiones o sectas se reparten la fe de esta sociedad naciente.

El catolicismo, con su formidable inmovilidad, sus dogmas absolutos, terribles anatemas e inmensas recompensas; la anarquía religiosa de la Reforma y el antiguo paganismo se encuentran aquí representados. Al Ser único y eterno que creó al hombre a su imagen y semejanza, se lo adora de seis maneras diferentes. Con ardor se disputan el cielo, que cada cual considera una herencia exclusivamente suya. Y en medio de las miserias de la soledad y los males del presente, la imaginación del hombre se afana todavía en alumbrar inefables dolores para el porvenir. El luterano condena al fuego eterno al calvinista, el calvinista al unitario, y el católico los abarca a todos en un repudio común.

Más tolerante en su fe sencilla, el indio se limita a expulsar a su hermano europeo de los campos felices que se reserva únicamente para él. Fiel a las confusas tradiciones que le han sido legadas por sus antepasados, se consuela fácilmente de los males de la vida y muere soñando plácidamente con bosques siempre verdes, a salvo del hacha del pionero, y en los que el ciervo y el castor vendrán a ofrecerse a sus disparos durante los días sin cuento de la eternidad.

Después de comer nos fuimos a visitar al propietario más rico del pueblo, el señor Williams. Lo encontramos en su tienda ocupado en vender a unos indios una multitud de objetos de escaso valor, como cuchillos, collares de vidrio y pendientes. Resultaba penoso

ver cómo aquellos desgraciados eran tratados por sus civilizados hermanos europeos. Por lo demás, todos los que allí vimos hacían resaltar de forma palmaria las cualidades de los salvajes. Eran buenos, inofensivos, mil veces menos inclinados al robo que los blancos. La única pena era solamente que comenzaran a tomar conciencia del precio de las cosas. ¿Y ello, por qué, por favor? Porque el beneficio del comercio con ellos resultaba cada vez más escaso. ¿Os dais cuenta ahora de en qué consiste la superioridad del hombre civilizado? El indio en su simpleza hubiera dicho que cada día le resultaba más difícil engañar a su vecino, pero el blanco descubre en el perfeccionamiento del lenguaje la sutileza feliz que le permite presentar el asunto y salvar la honra.

Volviendo de visitar al señor Williams, decidimos remontar un tramo del Saginaw para cazar los patos salvajes que pueblan sus riberas. Mientras cazábamos, una piragua salió de entre los cañaverales del río y vino a nuestro encuentro. Los indios que la ocupaban querían apreciar de cerca mi fusil que habían visto desde lejos. Me había dado cuenta de que el arma, por otra parte nada extraordinaria, siempre me proporcionaba una consideración muy especial entre los salvajes. Un fusil que puede matar a dos hombres en un segundo y dispara en la niebla, era para ellos una maravilla por encima de toda consideración; una obra maestra sin precio. Los que nos abordaron, como de costumbre, manifestaron una gran admiración. Preguntaron de dónde provenía el fusil y nuestro joven guía respondió que había sido hecho al otro lado de la Gran Agua,

de donde eran los antepasados de los canadienses; lo que no lo convirtió a sus ojos, como cabía esperar, en algo menos preciado. Sin embargo señalaron que como el punto de mira no estaba colocado en medio de cada cañón, no debía de ser tan certero en el disparo; apreciación a la que no supe qué responder.

A la caída de la tarde, volvimos a montar en la canoa y fiados en la experiencia adquirida por la mañana decidimos remontar solos uno de los brazos del Saginaw que sólo habíamos entrevisto.

El cielo estaba despejado y la atmósfera, diáfana e inmóvil. El río discurría a través de un inmenso bosque tan lentamente que resultaba casi imposible saber en qué dirección avanzaba la corriente. En más de una ocasión habíamos constatado que la mejor manera de hacerse una idea cabal de los bosques del Nuevo Mundo era seguir alguno de los ríos que discurren bajo su sombra. Desde el origen del mundo, los ríos son como grandes vías con las que la Providencia ha tenido el cuidado de atravesar el desierto para hacerlo accesible al hombre. Cuando uno se abre paso por el bosque, la visión suele ser muy limitada. Además, el sendero mismo por el que uno avanza es obra humana. Los ríos por el contrario son caminos que no conservan las huellas y sus riberas permiten apreciar con total libertad todo lo que una vegetación vigorosa y abandonada a su suerte puede ofrecer de grandes y curiosos espectáculos.

El desierto era allí tal y como debió ofrecerse hace seis mil años a la mirada de nuestros primeros padres. Una soledad florida, deliciosa, balsámica; una magnífica morada, un palacio viviente hecho

para el hombre, pero del que el dueño aún no ha tomado posesión. La canoa se deslizaba perezosamente, sin ruido. Reinaba a nuestro alrededor una serenidad y una quietud tan completas, que nosotros mismos no tardamos en sentirnos remansados a la vista de tal espectáculo. Nuestras palabras se fueron haciendo cada vez más espaciadas y pronto comenzamos a hablar en voz baja, hasta que finalmente enmudecimos, levantamos simultáneamente los remos y caímos tanto el uno como el otro en un estado de plácida ensoñación colmada de un inefable encanto.

¿Por qué las lenguas humanas, que tienen una palabra para cada tipo de dolor, encuentran un invencible obstáculo a la hora de transmitir las más dulces y naturales emociones del corazón? ¡Quién pudiera pintar alguna vez con fidelidad esos escasos momentos de la vida en los que el bienestar físico os induce a la tranquilidad moral y en los que se establece ante vuestros ojos un equilibrio perfecto en el universo; mientras el alma, medio adormecida, oscila entre el presente y el futuro, entre lo real y lo posible; cuando el hombre, rodeado de una hermosa naturaleza, respirando un aire tranquilo y tibio, en paz consigo mismo, en medio de una paz universal, atiende a los acompasados latidos de sus arterias, cada una de cuyas pulsaciones va marcando el paso del tiempo que parece escurrirse así gota a gota en la eternidad! Quizás haya muchos hombres que han visto discurrir los años de una larga existencia sin experimentar una sola vez algo parecido a esto que acabo de describir. Ésos no sabrán comprenderme. Sin embargo, estoy

convencido de que hay otros muchos que hallarán en su memoria y en el fondo de su corazón con qué colorear estas imágenes y sentirán despertar al leerme el recuerdo de algunas horas fugitivas que ni el tiempo ni las preocupaciones de la vida habrán podido borrar. De nuestra ensoñación nos sacó un disparo que resonó de repente en el bosque. Al principio el sonido pareció rodar con estrépito por las dos orillas del río, para luego alejarse retumbando hasta perderse completamente en la profundidad de la selva circundante. Podría decirse que era como un largo y formidable grito de guerra lanzado por la civilización en su avance.

Una tarde, en Sicilia, nos perdimos en una enorme marisma en la que en otro tiempo se erigió la ciudad de Himera. La impresión que nos produjo la visión de la famosa ciudad convertida en salvaje desierto fue intensa y profunda. Nunca nos habíamos encontrado con un ejemplo tan acabado de lo perecedero de las cosas humanas y de las miserias de nuestra naturaleza. Aquí también nos encontrábamos en un paraje solitario, pero la imaginación en vez de remontarse en el tiempo en busca del pasado, por contra se proyectaba hacia adelante y se perdía en un vasto porvenir. Nos preguntamos por qué singular regalo del destino, a nosotros, que habíamos podido contemplar las ruinas de imperios hacía ya largo tiempo fenecidos y deambular por desiertos de factura humana, a nosotros, hijos de un pueblo antiguo, nos había sido concedido el privilegio de ser testigos de una de las escenas del mundo primitivo y de ver la cuna

todavía vacía de una gran nación. Allí no se trata de las previsiones más o menos azarosas de la sabiduría, sino de hechos tan ciertos como si ya hubieran sucedido. Dentro de pocos años, esos bosques impenetrables habrán sido talados, el ruido de la civilización y la industria turbará el silencio del Saginaw, haciendo enmudecer su eco... Los muelles aprisionarán sus riberas; sus aguas, que discurren hoy ignoradas y tranquilas a través de un desierto sin nombre, serán expulsadas de su cauce por la proa de los barcos. Cincuenta leguas separan todavía esta soledad de los grandes asentamientos europeos y nosotros somos quizá los últimos viajeros de Europa a los que ha sido concedido el privilegio de contemplarla en su primitivo esplendor. Tal es el impulso de la raza blanca hacia la conquista total de un nuevo mundo.

Es esta idea de destrucción, esta certeza de un cambio próximo e inevitable lo que, a nuestro parecer, confiere un carácter tan original y una belleza tan conmovedora a las soledades americanas. Uno las contempla con delectación melancólica y, de alguna forma, se apresura a admirarlas. La idea del acabamiento de esta grandiosa y salvaje naturaleza se mezcla con las soberbias imágenes que produce la marcha triunfante de la civilización. Uno se siente orgulloso de ser hombre y al mismo tiempo siente una especie de amargo pesar por el poder que Dios nos ha concedido sobre la naturaleza. El alma se siente agitada por ideas y sentimientos antagónicos, pero todas las impresiones que recibe son intensas y dejan una profunda huella.

Queríamos abandonar Saginaw al día siguiente, 27 de julio, pero como uno de nuestros caballos se había lastimado con la silla, decidimos quedarnos un día más. A falta de otra manera mejor de pasar el tiempo, salimos de caza a las praderas que bordean el Saginaw río abajo de las zonas desmontadas. Estas praderas no son pantanosas como se podría pensar. Son planicies más o menos extensas en las que no penetra el bosque a pesar de la calidad de la tierra. La hierba es dura y de una altura de unos tres o cuatro pies. Encontramos poca caza y regresamos temprano. El calor era sofocante como cuando se acerca una tormenta y los mosquitos, todavía más molestos que de costumbre. Avanzábamos rodeados de una nube de insectos a los que teníamos que ahuyentar constantemente. Desgraciado del que se viera obligado a detenerse, pues se entregaba sin defensa a un enemigo implacable. Recuerdo haber tenido que cargar mi fusil a la carrera por la dificultad de pararme aunque fuera sólo un instante.

Al cruzar la pradera a nuestra vuelta, nos encontramos con el canadiense que nos había servido de guía caminando por un estrecho sendero y mirando con sumo cuidado el suelo cada vez que debía posar el pie.

–¿Por qué toma tantas precauciones? –le pregunté–. ¿Acaso teme mojarse?

–No –me contestó–, pero cuando atravieso las praderas tengo por costumbre mirar siempre dónde pongo el pie, no sea que pise una serpiente de cascabel.

–¿Cómo? ¡Diablos! –respondí yo, dando un brinco sobre el sendero–. ¿Es que hay serpientes de cascabel por aquí?

–¡Oh, sí! –contestó el normando americano con imperturbable sangre fría–. Está lleno.

Le reproché que no nos hubiera advertido antes y se justificó diciendo que como llevábamos buenas botas y la serpiente de cascabel nunca muerde por encima del tobillo, pensó que no corríamos gran peligro.

Le pregunté si era mortal la mordedura de una serpiente de cascabel y me respondió que uno moría en menos de veinticuatro horas a no ser que se pidiera ayuda a los indios. Éstos conocían un remedio que suministrado a tiempo, según decían, salvaba al enfermo.

Por si acaso, durante el resto del camino imitamos a nuestro guía y como él fuimos mirando dónde poníamos los pies.

La noche que sucedió a aquel ardoroso día fue una de las más penosas que he pasado en toda mi vida. Los mosquitos se habían vuelto tan molestos que, a pesar de estar agotado, me fue imposible pegar ojo. Hacia medianoche, la tormenta que venía amenazando desde hacía tanto tiempo estalló por fin. Sin esperanzas de poder conciliar el sueño, me levanté y abrí la puerta de nuestra cabaña para al menos respirar el aire fresco de la noche. Todavía no había comenzado a llover y el aire estaba en calma, pero el bosque comenzaba a estremecerse y de su interior nos llegaban profundos gemidos y largos clamores. De vez en cuando un relámpago iluminaba el cielo. El tranquilo curso del Saginaw, la pequeña zona des-

pejada que bordeaba sus riberas, el techo de las cinco o seis chozas y el cerco de árboles que nos rodeaba aparecían de repente como una evocación del futuro. Inmediatamente después todo se sumergía de nuevo en la oscuridad más profunda y volvía a escucharse la formidable voz del desierto.

Asistía yo emocionado a aquel grandioso espectáculo, cuando oí a mi lado un suspiro y al fulgor de un relámpago descubrí a un indio apoyado como yo en la pared de nuestro alojamiento. Sin duda la tormenta había interrumpido su sueño, pues paseaba por los objetos de su alrededor una mirada fija y turbia.

¿Temía aquel hombre los rayos o veía en aquel choque de elementos algo más que una convulsión pasajera de la naturaleza? ¿Las fugitivas imágenes de civilización que surgían en medio del tumulto del desierto tenían para él un sentido profético? ¿Los gemidos de la selva, que parecía debatirse en una lucha desigual, llegaban a sus oídos como un secreto aviso divino, como una solemne revelación del final reservado a las razas salvajes? No sabría que contestar. Pero sus agitados labios parecían murmurar una plegaria y todos sus rasgos parecían teñidos de un terror supersticioso.

A las cinco de la mañana, nos apresuramos a partir. Todos los indios de los contornos habían desaparecido, se habían marchado a recibir los presentes que anualmente les hacían los ingleses, y los europeos estaban ocupados con los trabajos de la siega. Por lo tanto, teníamos que decidirnos a atravesar el bosque sin guía. La empresa no era tan difícil como se pudiera creer, pues, en general,

no hay más que un sendero en medio de estas vastas soledades y se trataba de no perder su rastro para alcanzar el final del viaje.

A las cinco de la mañana, después de cruzar el Saginaw, nos despedimos de nuestros huéspedes y con sus últimos consejos volvimos las grupas de nuestros caballos y nos encontramos solos en el bosque. He de confesar que, no sin una profunda impresión, comenzamos a adentrarnos en sus húmedas profundidades. Ese mismo bosque que nos rodeaba se extendía tras nosotros hasta el Polo Norte y el océano Pacífico. Un único lugar habitado nos separaba del desierto sin límites y lo acabábamos de abandonar. Estos pensamientos nos llevaron a acelerar el paso de nuestras monturas y al cabo de tres horas llegamos cerca del *wigwam* abandonado y las riberas solitarias del río Cass. Una punta cubierta de césped que se adentraba en la corriente a la sombra de unos grandes árboles nos sirvió de mesa y nos pusimos a comer a la vista del río, cuyas aguas límpidas como el cristal serpenteaban a través del bosque.

Al salir del *wigwam* de Cass River nos encontramos con varios senderos. Nos habían dicho cuál era el que debíamos tomar, pero en ese tipo de explicaciones resulta fácil olvidar algún detalle o comprenderlo mal, tal como comprobamos aquel día. Nos habían hablado de dos caminos y resultaba que había tres. Bien es cierto que de los tres, dos se unían más arriba, como tuvimos ocasión de comprobar más tarde, pero entonces lo ignorábamos y nuestra turbación fue grande.

Después de mucho analizar y discutir, hicimos como todos los grandes hombres y optamos un poco al azar. Vadeamos lo mejor que pudimos el río y nos dirigimos rápidamente hacia el sudoeste. Más de una vez nos pareció que el sendero desaparecía entre la espesura; en otras, el camino parecía tan poco frecuentado que nos resultaba difícil creer que se dirigiera a otra parte que a algún *wigwam* abandonado. Nuestra brújula, sin embargo, nos indicaba que avanzábamos en la dirección correcta. De todas formas no nos sentimos completamente aliviados hasta que descubrimos el lugar en el que habíamos comido tres días antes. El tronco desgarrado por el viento de un pino gigantesco que nos habíamos parado a admirar nos sirvió de referencia. Continuamos nuestro camino sin desacelerar el paso, pues el sol comenzaba a ponerse. Pronto llegamos al claro que normalmente precede a las zonas descuajadas y cuando la noche comenzaba a sorprendernos vimos el río Flint. Media hora más tarde nos encontrábamos a la puerta de nuestro huésped. Esta vez el oso nos acogió con si fuéramos viejos amigos y sólo se enderezó para manifestar su alegría por nuestro feliz regreso.

Durante toda aquella jornada no nos cruzamos con ningún ser humano. Los animales también habían desaparecido, sin duda escondidos entre el follaje para huir del calor del día. Sólo de tarde en tarde descubríamos, posado sobre el pináculo descarnado de un árbol muerto, un gavilán inmóvil sobre una de sus patas, durmiendo plácidamente acariciado por los rayos del sol, que parecía esculpido en la misma madera que le servía de apoyo.

Fue en medio de esta profunda soledad que recordamos de repente la Revolución de 1830[8] de la que se cumplía el primer aniversario. No puedo explicar con qué impetuosidad se presentaron en mi espíritu los recuerdos de aquel 29 de julio. Los gritos y la humareda del combate, los cañonazos y el repiqueteo de la fusilería, los tañidos aún más terribles de las campanas tocando a rebato, todo aquel día con su inflamada atmósfera pareció surgir de repente del pasado y desplegarse como un cuadro viviente ante mis ojos. No fue más que una iluminación súbita, un sueño pasajero. Cuando al levantar la cabeza, paseé la mirada a mi alrededor, la aparición se había desvanecido, pero nunca el silencio del bosque me pareció tan gélido y sus sombras tan sombrías, ni mi soledad tan absoluta.

8. El 27 de julio de 1830 estalla en París una revuelta contra las ordenanzas dictadas por el rey Carlos X que restringían notablemente los derechos políticos. El día 29, París se halla en manos de los rebeldes y el 3 de agosto Carlos X se ve obligado a abdicar.

Notas del viaje por el oeste[1]

Llegada a Albany. Ceremonia del 4 de julio. Mezcla de impresiones divertidas y solemnes. Milicia a pie y a caballo, discursos, ampulosidad retórica, cántaro de agua sobre el estrado, himno a la libertad en una iglesia. Un poco al estilo del espíritu francés.

Reina un orden perfecto. Silencio. Ni rastro de policía, la autoridad brilla por su ausencia. Fiesta del pueblo. *Marshall of the day* sin poder coercitivo, y sin embargo respetado, libre clasificación de oficios, oración pública, presencia de la bandera y de viejos soldados. Emoción auténtica.

Salida de Albany el 4 de julio por la tarde. Valle del Mohawk. Colinas bajas arboladas hasta la cima. Incluso lo está una parte del

1. Del primer cuaderno de mano.

valle. En general el país tiene la apariencia de un bosque en el que se han abierto algunos claros. Muy parecido a la Baja Normandía. Todo el aspecto de un país nuevo. El hombre se sigue esforzando inútilmente hasta hoy por dominar el bosque. Campos cultivados llenos de tocones; troncos entre los trigos. Naturaleza vigorosa y salvaje. En un mismo campo, mezcla de arbustos, árboles de mil especies, plantas sembradas por el hombre y diversidad de malas hierbas. Por todas partes, arroyos campando a sus anchas. País nuevo habitado por un pueblo antiguo. Nada salvaje a excepción de la tierra; casas limpias, cuidadas, tiendas en medio del bosque, periódicos en las aisladas cabañas. Mujeres bien vestidas. Ni rastro de los indios mohawks, la tribu más valiente y respetada de la confederación iroquesa. Camino infernal. Coche sin amortiguación y con cortinillas. Impasibilidad de los americanos ante todas estas incomodidades, que parecen considerar como males necesarios y pasajeros.

Llegada a Utica. Encantadora ciudad de diez mil habitantes. Tiendas muy bonitas. Fundada después de la guerra de Independencia. En medio de una bonita llanura.

6 de julio. Salida de Utica

El mismo paisaje de la víspera. Encuentro con los primeros indios en Oneida Castle, a ciento dieciséis millas de Albany. Mendigaban.

Llegada a Syracuse. Ubicada en medio de una llanura bastante malsana y sin embargo muy poblada. Confluencia de los canales

Erie y Oswego. Visita al señor Elam Lynds en su ferretería. No nos puede atender porque está vendiendo. Conversación con él. Hombre de aspecto ordinario, inteligente y enérgico. Manifiesta una fuerte tendencia despótica. [Escrito en *The Frenchman´s Island* en medio del lago Oneida.]

7 de julio

Salida a las dos de Syracuse. A caballo. Paraguas, fusil, morral. Nos internamos en los nuevos descuajos. A las seis llegamos a Fort Brewerton. Vistazo general. El bosque en lucha permanente con el hombre. Caza de pájaros. Vista del lago Oneida. Se extiende hacia el este entre pequeñas colinas arboladas hasta perderse de vista. Ni una casa, ni un desmonte a la vista. Aspecto monótono y solitario.

Pasamos la noche en una posada detestable. Salida a las seis de la mañana. Nos adentramos en un enorme bosque en el que apenas se distingue el sendero. Reina un frescor delicioso. Impresión visual magnífica, imposible de describir. Vegetación sorprendente. Árboles enormes de todas las especies. Batiborrillo, hierbas, plantas, arbustos. América en todo su esplendor, aguas discurriendo por todas partes, pinos inmensos abatidos por el viento, enredados entre plantas de todas las especies. Dos horas después llegamos a South Bay.

Conversación sobre la Isla del Francés. Hace ya veinte años que se establecieron en el lugar. Ya entonces la presencia del francés en

la isla no era más que una leyenda. Estuvo en la isla hace treinta y un años. Recuerda flores y un manzano cerca del cual quedaban los restos de una casa de madera.

Nos embarcamos solos en una pequeña barca. Con dificultad desembarcamos en la isla. Nuestra emoción al poner el pie en tierra. Aspecto diferente del de la región que acabamos de atravesar. Lugar de nuevo asilvestrado. Restos de presencia humana. Atravesamos una especie de muralla de árboles inmensos. Llegamos a un claro donde resulta evidente que los árboles ya crecidos fueron talados en otra época. Algunos viejos troncos derribados, carcomidos, yacen entre zarzas, hierbas y ramas. En el centro de la isla, descubrimos un viejo manzano. Cerca de allí una viña asilvestrada trepa hasta lo alto de los árboles vecinos como una liana. Allí estaba la casa. No queda ni rastro. Grabamos nuestros nombres en un plátano. Nos volvemos a poner en marcha. Profundo silencio de la isla, interrumpido únicamente por los pájaros que la habitan. La recorremos entera sin encontrar ni rastro de los dos seres que hicieron de ella su universo. Es la visita que más me ha interesado y conmovido, no sólo desde que estoy en América, sino desde que viajo.

9 de julio

Llegada a Auburn. Visita a la prisión.

11 de julio

Visita al gobernador Throop. Pequeña granja. Cultiva sus propias tierras. El cargo de gobernador está tan mal pagado que sólo pasando seis meses en el campo puede salir adelante. *The great men* no codician un puesto tan mal pagado (según Lynds).

Llegada[2] el 16 a Canandaigua. Primera visita al señor Spencer. Problemas con el alojamiento y la comida. Largas conversaciones con el señor Spencer. Lago muy pintoresco. Red Jacket.[3]

17 de julio

Iglesia anglicana. Visita al *Almas house* del condado. Paseo. Velada muy agradable.

18 de julio

Salida de Canandaigua. Hasta Bataria apariencia de país poblado. Luego, casas desperdigadas. Zonas pantanosas. Calzada de troncos. Llegada a Buffalo. Paseo por la ciudad. Una multitud de salvajes en las calles (día de pago) y la novedosa impresión que producen. Su fealdad. Su aspecto extraño. Su piel bronceada y aceitosa. Sus largos cabellos negros y tiesos. Su manera salvaje de llevar ropas euro-

2. Comienzo del segundo cuaderno de mano.
3. Véase referencia a la historia de Red Jacket en la pág. 99.

peas. Episodio del indio borracho. Brutalidad de sus compatriotas y de la india que lo acompaña. Población embrutecida por nuestros vinos y licores. Peor que las poblaciones igualmente embrutecidas de Europa. Con algo de fiera salvaje además. Contraste con la población moral y civilizada entre la que se encuentra.

19 de julio

Segundo paseo por Buffalo. Bonitas tiendas. Productos franceses. Refinamiento de lujo europeo. Segunda visión de los indios. Efecto menos desagradable que la víspera. Algunos tienen más o menos los rasgos de nuestros campesinos (con una tez salvaje, la tez de los sicilianos). Ni una india pasable.

Salida hacia Detroit. Pequeño vapor. Nadie nos conoce. Notable cambio en los modales de los americanos respecto a nosotros. Viento violento y contrario. Agitación del lago parecida a la del mar con mal tiempo.

19 de julio de 1831, en el lago Erie, a bordo del *Ohio*[4]

Todavía, de vez en cuando, se ve aparecer, incluso entre los [indios] que viven actualmente entre las posesiones de los europeos, hombres cuya inteligencia superior les permite prever el destino final de la raza india, y que tratan todavía de luchar con toda su salvaje

4. del cuaderno alfabético A

energía contra ese porvenir ya inevitable. Red Jacket, muerto en 1829 cerca de Buffalo en la aldea de los Sénecas, fue uno de esos hombres que podríamos considerar como los últimos indios.

El señor Spencer me contó sobre él (18 de julio de 1831) las siguientes anécdotas:

«Red Jacket ha sido en tiempos recientes el mayor enemigo de los blancos y, por su odio hacia ellos, también de la religión cristiana, que hemos tenido en el Nuevo Mundo. Habiendo aceptado que el tiempo del combate abierto contra los europeos había pasado ya, utilizó todo el prestigio moral de que disfrutaba entre sus compatriotas para impedir que terminaran diluyéndose entre nosotros.

»Red Jacket conocía nuestras costumbres y entendía el inglés, aunque desdeñaba hablarlo. Su influencia sobre sus compatriotas era enorme. Es difícil concebir –añadía el señor Spencer– un hombre con una elocuencia más natural y atrayente, y con una mayor habilidad en el manejo de la ironía. Recuerdo que hace diez años, un indio de los alrededores de Buffalo fue acusado de haber matado a un americano. Se le arrestó y fue presentado ante uno de nuestros jurados. En aquella época yo era el fiscal del distrito y tuve que alegar contra él. Red Jacket se presentó para defenderlo y, a pesar de verse obligado a usar un intérprete, ganó la causa.

»Al acabar la vista, se me acercó y, con falsa ingenuidad, me dijo:

»–Sin duda mi hermano (refiriéndose al acusado) te debió ofender gravemente en el pasado.

»Yo le respondí que antes de su delito, no tenía la más mínima noticia de su existencia.

»–Comprendo –continuó Red Jacket–. El blanco muerto era tu hermano y te querías vengar.

»Traté nuevamente de sacarlo de su error, haciéndole comprender la naturaleza de mis funciones. Red Jacket, después de escucharme atentamente, me preguntó si los ancianos de mi pueblo me pagaban por hacer lo que le acababa de explicar. Le dije que sí. Entonces, fingiendo una gran indignación, gritó:

»–¡Qué estoy oyendo! ¡No sólo querías matar a mi hermano, que jamás te había hecho daño alguno, sino que además habías vendido su sangre por adelantado!

»He de reconocer –añadió el señor Spencer– que el exabrupto me dejó totalmente perplejo.

»Hace ya bastantes años, los presbiterianos de Boston enviaron un misionero a evangelizar a los indios mohawks, que entonces vivían en el valle que aún lleva su nombre. Red Jacket era uno de ellos. La tribu se reunió para escuchar al misionero. Después, siguiendo la costumbre, se celebró una deliberación colectiva y, habiendo decidido rechazar al misionero, Red Jacket fue el elegido para darle a conocer la resolución:

»–El padre ha hablado bien –dijo Red Jacket– pero mis hermanos tienen un duda. Nuestros antepasados contaron a nuestros padres que habían visto al Gran Espíritu y nosotros creemos a nuestros padres. Se dice que los hombres blancos creen en un libro que

les dio el Gran Espíritu, pero se dice también que cada una de las innumerables tribus de los hombres blancos le da al libro una interpretación diferente. ¿Es falso lo que han oído mis hermanos?

»El misionero tuvo que reconocer que algo de cierto había en lo que decía Red Jacket, quien, con aparente humildad, continuó:

»–Si los hombres blancos, a los que el Gran Espíritu ha favorecido dándoles el libro para que comprendan todas las cosas, no están seguros de entenderlo, ¿cómo quiere el padre que unos pobres salvajes puedan lograrlo?

»El misionero trató de explicarle que los cristianos estaban en desacuerdo sólo sobre algunos aspectos, pero que coincidían sobre todo lo demás. Red Jacket después de dejarle hablar tanto cuanto quiso, concluyó la entrevista diciendo:

»–Ésas son cosas difíciles de entender para los hombres rojos. Pero si el padre va a repetírselas a nuestros vecinos más cercanos, los hombres blancos, y consigue con sus sermones impedir que se apoderen de nuestras tierras y roben nuestros rebaños, como hacen cada día, el padre podrá regresar a visitar a los hombres rojos y los encontrará dispuestos a escucharlo».

20 de julio

A las nueve de la mañana tocamos Erie fundada por los franceses con el nombre de Presque'Île.[5] El lago ha abierto un paso entre la tierra y

5. península

la península, convirtiendola en una isla. Visita a Erie en medio de una lluvia torrencial. Actualmente se está construyendo un canal desde Pittsburg (en otro tiempo Fort-Duquesne) que llegará hasta Erie. Unirá el Mississippí y el río del Norte, el golfo de México y el océano Atlántico. Al cabo de una hora volvemos a ponernos en marcha.

21 de julio

Disputa con el capitán. Llegada a Cleveland a las seis de la tarde. Hasta aquí el aspecto del lago ha sido uniforme. Por lo general el lago, parecido al mar, extiende sus transparentes aguas por la derecha hasta perderse de vista. Bordeamos de cerca la costa de Pennsylvania y de Ohio que se encuentra a la izquierda. Esta costa, casi siempre llana, a veces elevada varios pies, aparece prácticamente cubierta por el bosque primitivo cuyos enormes árboles se reflejan en las aguas que bañan sus raíces. Es un espectáculo imponente por su misma uniformidad. Se siente la tentación de creerse a bordo del primer barco en surcar las aguas del lago y que las tierras que se divisan todavía se mantienen a salvo del dominio del hombre; pero es una falsa impresión. Tras haber bordeado durante horas el lindero de un sombrío bosque, que sólo se detiene donde el lago comienza, de repente se divisa un campanario, elegantes casas, bellos pueblecitos, aspecto de riqueza e industria. Aquí lo único salvaje es la naturaleza; el hombre lucha en todas partes contra ella armado con todas las fuerzas de la civilización. Se pasa sin

transición del desierto a las calles de una ciudad, de las escenas más salvajes a las imágenes más amables de la vida civilizada. Si no os sorprende la noche obligándoos a acampar al pie de un árbol, estad seguros de que llegaréis a un lugar donde encontraréis de todo, hasta modas francesas y caricaturas del Palais Royal.

A las siete hemos salido de Cleveland. Noche admirable. La luna iluminando el bosque y reflejándose en las aguas del lago.

22 de julio

A la salida del sol, navegamos por en medio del lago en dirección noroeste. La costa se vislumbra en la lejanía, pero un gran número de islotes nos rodean. Pasamos junto a la pequeña isla de Middle Sister cerca de la que se libró la batalla naval de la que los ingleses salieron derrotados.

Desembocadura del río Detroit. Una isla, dos canales. Tomamos el English Channel. Caserío del Fort Malden. Pueblo de aspecto francés. Iglesia católica. Gallo de veleta. Soldado escocés en uniforme de gala sobre el río, del otro lado dos salvajes desnudos en su piragua sorteando nuestro barco como una exhalación. Anillos en la nariz. Bajo los árboles, una especie de hangares con un fuego en el centro. Niños desnudos alrededor. De un lado, la civilización más desarrollada; del otro, el extremo contrario.

Llegamos a Detroit a las cuatro. Una bella población americana. Muchos nombres franceses en las casas, gorros franceses. Vamos

a visitar al señor Richard, sacerdote de la iglesia católica de Detroit. Lo encontramos en la escuela. Su historia: educado en los Irlandeses en París, estudió teología en Saint-Sulpice, se hizo sacerdote en la última ordenación de 1791, se expatrió, vino a Detroit. Desde hace unos años es diputado por el territorio de Michigan en el Congreso. Anciano cuya religión parece ardiente y sincera. Conversación deslavazada pero interesante. La población protestante comienza a ser mayoritaria en Michigan a causa de la inmigración. Por otra parte, el catolicismo gana algunas conversiones entre los hombres más eminentes. Opinión del señor Richard sobre la extrema frialdad de las clases altas americanas en materia de religión. Una de las causas de la tolerancia extrema; en todo caso, tolerancia completa. No se os pregunta cuál es vuestra religión, sino si sois capaces de desempeñar el empleo. El mejor servicio que se le puede hacer a la religión es separarla del poder temporal. Matiz imperceptible de renuencia respecto al gobierno popular, intrigas y maquinaciones; incluso las decisiones son tomadas por el gobierno central. El sistema de Estados Unidos para los nuevos estados. Se les acostumbra paulatinamente a gobernarse por sí mismos. Colonización de salvajes cristianos cerca de Michilimackinac. Su celo, su ardor, su instrucción.

Al salir de casa del señor Richard, nos sentimos indecisos sobre el rumbo a tomar. Todos los americanos quieren que recorramos las más bellas carreteras y los *settlements* más antiguos. Nosotros preferimos la *wilderness* y los salvajes, pero no nos atrevemos a confesarlo.

Nos proponen Saginaw Bay y cansados ya de dudar nos decidimos.

23 de julio

Compramos cojines, una brújula, aguardiente, azúcar, municiones. Alquilamos un par de caballos.

Conversación con el señor Biddle. Salimos a las once. Nuestras ropas. Nuestra manera de viajar. Caza de pájaros. Nuestra alegría de salir por fin hacia el desierto. Terreno absolutamente llano. Alrededor de Detroit, una legua deforestada y cultivada. Luego se entra en un espeso bosque, en el que han abierto una bonita carretera. De vez en cuando, un pequeño espacio despejado; un círculo de árboles magníficos alrededor, mezclados con árboles quemados; un campo cubierto de troncos y en medio una *log house*, a menudo sin ventanas. No hay miseria. Campesinos bien vestidos. Cencerros de ganado alrededor. Aspecto de prosperidad. Cerca de Troy, a la puerta de una *log house* una familia tomando el té. Las casas se van volviendo cada vez más escasas. Tras ellas, recomienza inmediatamente el bosque. Atravesamos deliciosas zonas pantanosas, perspectivas de jardín inglés en las que la naturaleza ha hecho todo el trabajo. Almuerzo en Troy. Escena de francés del Canadá. Llegamos a Pontiac a las ocho de la tarde. Queremos cambiar de caballos. Nos hablan de un hombre que vive a una milla en el interior del bosque. Nos ponemos en camino solos. Escena noc-

turna. Increíble silencio del bosque. Efecto de la luna entre los árboles. Al cabo de media hora, distinguimos una pequeña claridad, una *log house*. Saltamos la barrera pero oímos a los perros y no nos atrevemos a acercarnos. Por fin llegamos. Entramos en una habitación que ocupa todo el espacio de la casa. El fuego en un rincón, herramientas de todo tipo, una magnífica cama en otra esquina, el hombre y la mujer acostados, la mujer arreglada como una dama. Extraña mezcla de prosperidad y pobreza. Los americanos en sus *log houses* parecen ricos provisionalmente instalados por una temporada en un pabellón de caza.

24 de julio

Al salir de Pontiac, la carretera poco a poco va perdiendo su carácter de ruta principal. Comienza a internarse en el bosque. Los *settlements* se hacen infinitamente más escasos. Nos habían aconsejado que nos pusiéramos en contacto con un tal señor Williams, que se dedica al comercio con los indios, para que nos orientara. Al pasar cerca de un *settlement* a cuatro millas de Pontiac, preguntamos a un anciano que resulta ser el propio señor Williams. Nos indica cómo llegar adonde queremos ir. Le preguntamos sobre los indios. Su elogio. Nada que temer. Uno se puede fiar de ellos más que de los blancos.

Los campos cultivados parecen desaparecer por completo. Muy de vez en cuando una *log house*. País muy pintoresco. Coli-

nas boscosas, multitud de lagos entre los árboles. A cinco millas de Little Spring, valle admirable, pendiente cubierta de inmensos pinos. Se escucha un torrente al fondo del barranco. Nos volvemos para admirar el espectáculo. Descubrimos a un indio que nos viene siguiendo a la carrera, sigiloso como un lobo. Pelo recogido en trenzas, cabeza descubierta, pendientes, especie de blusa, calzón rojo sin fondillo, mocasines. Un cebador, una larga carabina, dos pájaros en la mano. Un movimiento de terror involuntario. La opinión del señor Williams y su aspecto nos tranquilizan. Le hablamos, nos escucha pacientemente y luego, por señas, nos indica que no entiende el inglés. Le damos aguardiente y le compramos los pájaros; volvemos a montar a caballo. Al cabo de un rato nos volvemos, el indio nos sigue pisando los talones. Refrenamos el paso, él también. Nos lanzamos a la carrera, él corre sin hacer ni el más leve ruido. El malestar que nos produce este ser mudo y misterioso que parece gravitar a nuestro alrededor. Una milla más adelante, descubrimos una segunda carabina entre los árboles. Nos tememos una emboscada; se trata de un blanco, menos por el sombrero, vestido más o menos como los salvajes. Es un europeo medio asilvestrado, nos muestra su choza entre las ramas. Vive de la caza. Se dirige al indio en su lengua chippewa. Nos hace grandes elogios de los indios, de cuya manera de ser y de vivir se muestra admirador. Nos invita a visitarlo a nuestro regreso. Nos volvemos a poner en marcha al trote largo, siempre seguidos por el indio por espacio de dos millas. Llegada a la pequeña zona rotu-

rada de Little Spring. Campamento indio provisional. Hombres, mujeres y niños alrededor del fuego, comiendo patatas y maíz medio asados. Expresión bastante agradable cuando sonríen, terrible cuando están serios. De perfil bastante hermosos, de frente, feos. Pómulos demasiado prominentes. A pesar de lo que nos han dicho. Sólo son de temer borrachos. Si no, honrados y agradables. Prueba de ello es que el propietario de Little Spring había dejado a su mujer y a sus seis niños en medio de esta horda india y había pasado esa misma mañana cazando.

Aspecto del país desde Little Spring hasta Grand Blank. Región muy accidentada. No hay monte bajo, un oquedal que parece despejado por la mano del hombre. Sotobosque de hierba alta, sobre todo helechos. Las casas prácticamente han desaparecido. De vez en cuando, un grupo de indios avanzando entre la hierba bajo los árboles o un fuego. Almuerzo en Grand Blank. Sólo un herrero. Nos volvemos a poner en marcha a las siete. Nos adentramos en un bosque de robles gigantescos. Reaparece el monte bajo. El camino se transforma en una senda apenas reconocible. Llega la noche. Nuestra inquietud de no poder alcanzar Flint River. Cesa el viento. Absoluta quietud. Profunda oscuridad, imponente silencio del bosque sólo roto por el ruido de nuestros caballos y los gritos de un pájaro que parece seguir nuestros pasos. Sale la luna llena. Admirables efectos. Bajo los árboles, la hierba plateada por la luz de la luna asemeja las olas del mar; en medio, negros troncos secos caídos. Extraños efectos sobre los

troncos inmensos de los robles, como altas columnas de mármol blanco. La luna atravesando un bosque seco en las cercanías de un descuajo. Un pequeño lago visto entre las colinas bajo los árboles. Muy a lo lejos, el fuego de un campamento indio. Frío glacial. Llegamos a lo alto de una colina. Un descuajo. Un arroyo. No estamos seguros del camino a seguir. Me separo para ir hasta las casas que distingo a lo lejos en el desmonte. Salto de un árbol a otro, fusil en mano. Enorme roble caído. Atravieso el arroyo por encima de unos árboles descortezados a medias. A la luz de la luna observo que han construido una presa rudimentaria y han comenzado una edificación probablemente para un aserradero. Casas sin terminar. Nadie. Para volver a encontrar a Beaumont me veo obligado a dar unos tremendos gritos. Temo que atraigan a los indios. Su resonancia en el desierto. El silencio posterior. Nos reencontramos. Continuamos todavía media hora. Oímos los ladridos de unos perros en la lejanía. Llegamos a un desmonte y distinguimos una luz. Beaumont se acerca. Mujer sola, se oculta. El señor Todd la señala. Sujeta al perro. Su oso encadenado a la puerta. Corta avena a la luz de la luna. Nos da una cama. Yo me acuesto en el suelo.

25 de julio

Nos proporcionan un guía indio, un joven de unos veinte años, Sagan-Kuisko, de la nación de los *sauteurs*. Cabeza descubierta, es-

pecie de blusa azul sujeta al cuello por una placa de hojalata. Pendiente de hojalata en la oreja. Pantalón azul sin fondillo como los indios. Mocasines. Cinturón de cuero. El *tomahawk*. La carabina. Nada sucio. Dientes blancos. Sonrisa muy agradable. Mirada salvaje. Un perro parecido a un lobo. Nada que recuerde a la cortesía. Atento sólo a lo útil. Lo acompaña un niño de doce o trece años. Desarmado. Caminan, mejor dicho, corren delante de nosotros con la ligereza y el sigilo de los de su raza, sin comprobar si los seguimos. Primero atravesamos el río Flint. Allí se entra en un enorme claro. Hierba alta. Indios que corren agachados entre la hierba en busca de frutos silvestres. Sólo tras dos o tres millas se entra de verdad en el bosque virgen. Prácticamente el mismo paisaje durante toda la jornada. Monte bajo e inmensos árboles dispersos. Robles de un grosor enorme, casi sin ramas hasta la copa, pinos gigantescos. Tantos árboles caídos como en pie. Enormes árboles tronchados por el viento que en su decrepitud forman como bóvedas. Árboles desarraigados forman inmensos parapetos. Hierbas y plantas trepadoras crecen por encima de los despojos. Árboles suspendidos en el aire. Otros caídos sobre los arroyos. En las zonas pantanosas, apoteosis de la vegetación, extraordinaria mezcolanza. Continuidad de un espectáculo que impresiona por su duración, ausencia de pájaros, a excepción de alguna rapaz y de tarde en tarde algunas torcaces. Sensación de aislamiento y abandono incluso más intensa que en medio del mar. Imposibilidad aún mayor de orientarse. Nuestros indios saltan durante cuatro horas delante de nosotros sin detenerse y parecen

conocer hasta los más pequeños accidentes del terreno. Uno de los indios lanza una especie de grito sordo y salvaje. Entre las ramas de los árboles nos muestra el árbol más alto: un famoso *bible tree*. La composición que forman. Volvemos a ponernos en marcha. Los indios se detienen. Trazan una línea sobre la arena. Señalan uno de sus extremos gritando: Flint, luego el otro: Saginaw, y señalan el punto medio para indicar que estamos a mitad de camino y que hay que detenerse. Hacemos el gesto de beber para indicarles que queremos parar cerca de una fuente. Reinician su carrera y nos llevan hasta un lugar donde hay un charco de agua de lluvia. Desensillamos los caballos y cogemos nuestras provisiones. No habíamos logrado encontrar pan en Flint. La carne se ha echado a perder y la mayor parte de los huevos están rotos. No nos queda más que un poco de azúcar y unas galletas. Una nube de mosquitos atraídos por el agua no tardan en hacernos la estancia insoportable. Nos volvemos a poner en marcha. A las cinco llegamos a la ribera de un río rápido, muy encajonado, pero poco profundo. Nos sentimos aliviados creyendo reconocer un asentamiento de blancos. En la otra orilla, un campo de maíz y tres *wigwams* abandonados. Deliciosas vistas, a la derecha altos oquedales, a la izquierda el río que discurre lentamente entre sus riberas solitarias y boscosas.

El indio nos señala el sol y nos hace signos de que está demasiado bajo para poder llegar a Saginaw. Se arroja sobre los troncos de los árboles para hacernos comprender que la noche se nos va

a echar encima y nos invita a pasarla allí. No habíamos cenado. Le presionamos para reemprender la marcha. Nos hace signos de que está cansado. Le ofrecemos la botella forrada de mimbre. Entonces se pone en marcha de inmediato. Travesía del oquedal, de cuando en cuando el río entre los árboles. De vez en cuando un hangar de corteza de roble y los restos de un fuego apagado. Sólo nos encontramos con un ser humano: una mujer acostada con un niño cerca de un fuego. Mirada inmóvil. Después de cazar algunas piezas, queremos detenernos. El indio nos hace señas de que ahora tenemos que llegar hasta nuestro destino. La noche se nos echa encima. Constantemente debemos sortear enormes árboles y atravesar zonas pantanosas. El indio está claramente agotado. Le sorprende una tremenda hemorragia nasal. Los subimos a la grupa de nuestros caballos. Extraña imagen. Les cedemos nuestros caballos, nuestros fusiles y nuestros morrales y nos ponemos a caminar. Humedad, silencio del bosque. Un disparo en la lejanía. Toda la caravana se detiene. Camino casi indistinguible. Nube de mosquitos, el tormento que nos hacen padecer. A las ocho de la tarde llegamos a una pradera. Hierba de cuatro pies de altura. Nuestros dos indios lanzan tres gritos salvajes, a los que les responden a lo lejos desde donde distinguimos un fuego. Pronto nos encontramos a la orilla de un río casi tan ancho como el Sena a su paso por París, el Saginaw, que la hierba de la pradera nos había impedido ver. Con la última luz del crepúsculo vemos acercarse una pequeña piragua india parecida a un largo pez negro. Dentro, un hombre en cuclillas

que tomamos por un indio. Prácticamente vestido como ellos, mocasines, la cabeza descubierta. Se dirige a los indios en su lengua. Quiero entrar en la barca sujetando mi caballo por la brida. «Hay que quitarles la silla –me dice el supuesto indio–, a veces se ahogan». Acento normando, francés poco inteligible. Quito la silla, la coloca en la canoa y a mí al lado. El indio de más edad se pone en el extremo, sujetando la brida. El canadiense rema, el caballo va a nado. Extraordinaria escena. Me pongo a hablar con el barquero, mezcla de sangre francesa e india. Medio salvaje. Al llegar a la orilla, el indio, al sentir la picadura de los mosquitos, se envuelve totalmente en su manta y se tumba en el suelo. Mi inquietud por Beaumont. Al poco tiempo vuelvo a escuchar el ruido de la canoa. Sale la luna llena iluminando los bosques, el río, todo el conjunto. Impresión imposible de describir. Dos hombres nos interpelan en francés; se trata de canadienses; su lengua es como la de nuestros campesinos. Nos llevan a una de las tres casas que forman Saginaw. Noche terrible. Mosquitos. Obligado a envolverme en mi manta como el indio y a acostarme en el suelo. Los indios a la puerta acostados con sus perros.

26 de julio

Saginaw. Un lugar cultivado en medio de tribus salvajes y bosques impenetrables. Belleza del río solitario que discurre a su lado. Vamos a ver al señor Williams. Comercia con los indios. Nos enseña una

multitud de pequeños objetos que les vende y que pagan con el dinero que Estados Unidos les da como pago por sus tierras o con pieles. Es evidente que les roba. Lo que dicen él y los otros europeos sobre los salvajes: una gente excelente. Buenos y agradables. Más de fiar que los blancos. Opinión unánime. De regreso, entro en la casa de uno de los franceses. Su mujer parecida a una india trabaja sobre una estera. Un niño colorado a su lado. Le pregunto si es francesa.

–No.

–¿Inglesa?

–No.

–¿De qué origen?

–Una salvaje –me responde bajando la cabeza.

El francés es su marido y le ha dado ya varios hijos. Raza extraordinaria, mezcla de salvaje y de hombre civilizado, habla inglés, francés e indio, sin dominar ninguna de esas lenguas. Tiene inclinación por el desierto y todavía recela de las ciudades. Caso frecuente, según parece, entre los franceses. Caza de patos con el joven. En una canoa india, remontamos en cuclillas el Saginaw entre bosques impenetrables. Unos salvajes nos salen al encuentro. Interés por mi fusil que, dicen, dispara con la lluvia. ¿Dónde se hacen armas semejantes? En el país donde viven los padres de los canadienses. Castores. Especie de insecto...

Por la tarde, a la puesta de sol, remontamos en la canoa un brazo del Saginaw. Atardecer de los que no se ven casi nunca. Aire inmó-

vil, atmósfera sin una nube. Nuestra canoa se desliza sin el más leve ruido. Remamos lentamente disfrutando del espectáculo. Superficie transparente e inmóvil. Admirable vegetación que lo bordea. Inmensos bosques reflejándose, sol declinante traspasándolos de través e iluminando el sotobosque. En veinte años, todo esto será sustituido por pueblos, cambio futuro y próximo que engrandece más si cabe el espectáculo presente. Retumbar de un disparo. Regresamos de noche cerrada. Nuestros esfuerzos para protegernos de los mosquitos.

27 de julio

Queremos partir, pero algo nos lo impide. Descendemos por las praderas que bordean el Saginaw a cazar patos salvajes. Un canadiense nos guía. Nuestra conversación sobre los indios. Su pasión por los licores fuertes es irresistible. Un indio bebe hasta no poder más, aun a riesgo de morir. Sobrios, una gente excelente. Su hospitalidad; en el desierto comparten su propia comida. Desgraciadamente ya no se los engaña tan fácilmente con el precio de las mercancías. No tienen religión. Sin embargo creen en un dios autor del bien, en un genio autor del mal y en otro mundo donde uno disfruta eternamente. Entramos en la pradera. Indecible tormento causado por los mosquitos. Vemos largas serpientes. Le preguntamos al canadiense por qué no nos sigue a través de la hierba alta. Va mal calzado, dice, y teme por las serpientes de cascabel.

Así que las hay. En la pradera, muchas. Los indios tienen un remedio para no morirse. Nos volvemos más cautelosos. Vemos por primera vez pájaros mosca.[6] Una tormenta en pleno día. Magnífico espectáculo. La calma que la precede. Zumbido de insectos, estallido del trueno, su largo retumbar perdiéndose entre las soledades que nos rodean.

28 de julio

Tras una noche sin dormir, partimos solos a las cinco de Saginaw. El sobrecogimiento que sentimos cuando, tras despedirnos de nuestros huéspedes, nos adentramos sin guía en el bosque. Me siento preocupado. Reencontramos fácilmente Cass River. Almorzamos. La belleza y la tranquilidad del lugar. *Wigwam* abandonado. Dos caminos. Incertidumbre. Tomamos el de la derecha y atravesamos el río. Camino que parece poco frecuentado. Por largo rato, penosa inquietud. Consultamos el sol y la brújula. Finalmente llegamos al lugar en el que habíamos almorzado.[7] A las seis de la tarde por fin salimos del bosque en el que no hemos encontrado a ningún ser viviente a excepción de algunos ciervos y algunos pájaros. Recuerdos del 28 de julio de 1830 en el bosque.

6. colibríes
7. Se trata del lugar con el charco de agua de lluvia donde habían almorzado a la ida.

29 de julio

Llegamos a Pontiac por el mismo camino, sin nada digno de mención.

30 de julio

Visita a los pequeños lagos de Orchard y Pine. *Settlement* del año. Cabaña del doctor Burns. Singular combinación de una educación muy refinada y costumbres actuales de otra naturaleza. Libros. Aspecto miserable, cuchitril; lo encontramos limpiando su campo. Detalles que nos aporta.

31 de julio

Llegada a Detroit: paseo vespertino por el muelle. Reencuentro con uno de los pasajeros del *Ohio*. Nos informa que el *Superior* está a punto de llegar y se dirige a Green Bay. Cambiamos inmediatamente de planes y decidimos ir a Green Bay.

1 de agosto

Embarcamos a las dos. Río Detroit. Tierras bajas y cultivadas. Numerosas casas. Lago Saint-Clair. Al atardecer hay baile en el puente. Alegría americana.

2 de agosto

Al día siguiente estamos a la vista de ***,[8] situada a la salida del lago Huron. Entramos en el inmenso lago. El viento se vuelve contrario. Volvemos al fuerte[9] y de allí al Black River, dos millas más allá, para buscar leña. Visita del fuerte. Uniformes de los oficiales y los soldados. Ejercicio. Insubordinación.

3 de agosto

A la una, voy a cazar en los pantanos que hay al otro lado del río Saint-Clair. Primero vamos al fuerte. Por el camino, en el bosque, el sonido de un tambor salvaje. Gritos. Vemos venir a ocho salvajes totalmente desnudos, a excepción de un taparrabos. Seis niños y dos hombres. Embadurnados de pinturas de la cabeza a los pies. Los pelos erizados, con mechones colgándoles por detrás. Una maza de madera en la mano, saltando como diablos. Hermosos cuerpos. Danzan para divertirse y ganar algo de dinero. Les damos un chelín. Se trata de la *war dance*. Terrible de contemplar. Qué degradación. Otro danza de rodillas con la cabeza en tierra. No sabemos cómo han hecho para llegar hasta aquí. Chozas en los pantanos del otro lado. Una canoa se separa de la orilla y se acerca. Espantosa travesía. Buena caza en el pantano.

8. Probablemente Port Huron
9. Fuerte Gratiot

4 de agosto

Partimos a las seis de la mañana. Jornada absolutamente anodina. Hacia el atardecer perdemos de vista la costa.

5 de agosto

A las cuatro llegamos al final del lago Huron. En la lejanía divisamos algunas montañas. El final del lago se encuentra salpicado por innumerables islotes que sobresalen de la superficie como bosquecillos. Soledad perfecta. Bosques por todas partes. Ni la más mínima huella humana, ningún barco a la vista. Bordeando la isla Saint-Joseph, ruinas del fuerte del mismo nombre. Chimeneas todavía en pie. Entramos en el río Sainte-Marie. A trechos, ancho como un lago, a trechos, encajonado entre islas y puntas cubiertas de bosque. Soledad perfecta. De vez en cuando una familia india en la ribera, sentados inmóviles delante del fuego. Su canoa abandonada sobre la grava. Una gran canoa con ocho hombres viene hacia nosotros. Los indios disparan al aire y lanzan gritos de alegría. Nos dan palomas. Nosotros les damos aguardiente. A la puesta de sol entramos en un canal muy estrecho. Vista admirable. Momento delicioso. Las aguas del río inmóviles y transparentes. Un soberbio bosque reflejándose en ellas. En la lejanía, montañas azules iluminadas por los últimos rayos del sol. Fuegos indios brillan entre los árboles. Nuestro barco avanza majestuoso en medio de esta soledad al ruido de las

fanfarrias que el eco del bosque nos devuelve desde todas partes. Al caer la noche, se echa el ancla. Baile en el puente. Sorpresa y admiración de los indios a la vista del primer barco de vapor *working in the water*.

6 de agosto

Hoy hace un año que proclamamos un rey. Niebla espesa que nos impide partir. Se levanta descubriendo colinas y los eternos bosques. A las nueve llegada a Sault-Sainte-Marie. Delicioso lugar. Tiempo admirable. Sainte-Marie, un cuadrado vallado con un mástil y una enorme bandera americana en medio. Más allá, dos puntas de tierra cubiertas de hermosos árboles que encajonan el río. Bajo los árboles, unos *wigwams*. Entre las puntas, los rápidos. Más allá, montañas y bosques interminables. A nuestra llegada, toda la población en la orilla y sobre los techos de las casas. Sólo una vez al año ven un barco como el nuestro. Carácter singular de la población, mezcla de todas las sangres. Los más numerosos, los canadienses, *bois-brûlés* o mestizos. Matices desde lo europeo hasta lo salvaje. Rostros abigarrados y pintados. Pelo recogido con plumas. Apresuramiento de los indios para encontrarse con el señor Mullon. Bautismo en la cámara del barco. Cogemos una canoa india para ir al lago Superior. Descripción de la canoa de corteza pintada. Sentados en el fondo, ocho (contándonos a nosotros) serios e inmóviles. En cada extremo, un canadiense medio salvaje pero con toda

la gracia de sus padres y haciendo volar la canoa mientras canta y hace chistes. La singular impresión que nos produce escuchar la lengua francesa allí en el fin del mundo con sus antiguos giros y su acento provinciano: tralarí, tralará. De vez en cuando: *hou!* o *marche!* Llegamos a la punta de los robles. Un pequeño poblado indio. Sus chozas: doce pies de diámetro, seis de altura. Sus perros salvajes. El jefe pide examinar mi fusil (de pistón). Vestimenta del jefe: pantalón rojo, una manta, el cabello recogido en lo alto de la cabeza con dos plumas. Viejo. Le muestro el arma. La admira y dice que siempre había oído decir que los franceses eran una nación de grandes guerreros. Le pregunto por las plumas. Me responde con sonrisa satisfecha que significa que ha matado a dos siouxs (se trata de un *sauteur*, nación enemiga con la que siempre están en guerra). Le pido una de sus plumas, diciéndole que la llevaré al país de los grandes guerreros para que la admiren. Se la quita inmediatamente del pelo y me la entrega, luego me tiende la mano y estrecha la mía.

Regresamos. Descenso de los rápidos. Increíble habilidad de los canadienses. Pasamos entre las rocas como una flecha. La familia Johnson (conversación olvidada) en el campamento de los *Indian traders*. Un inglés seco, frío, taciturno en medio de una multitud de canadienses y salvajes que llega a comerciar con los indios del lago Superior. Los canadienses nos rodean con la franqueza y la sencillez de los franceses. Parecen encantados de ver franceses. Les pedimos información sobre los indios. Todos los que conocen, y van todos los años hasta el final del lago, van vestidos de la misma forma

que los que hemos visto. Nada ladrones. Serviciales y hospitalarios. Amigos de los europeos que los proveen de objetos que se les han hecho imprescindibles. Bestias feroces en la guerra. Matan indiscriminadamente. Arrancan cabelleras. Queman a los prisioneros. Los *sauteurs* y los siouxs son las dos grandes naciones rivales. Los jefes no tienen más que una autoridad nominal. Carecen de justicia. Compensación o venganza privada. Carecen de religión. Creencia en Dios y en otro mundo donde los que han vivido mal tendrán que cazar en bosques sin caza. Los demás, en bosques llenos de presas. Aversión de los indios hacia la lengua inglesa, su inclinación por los franceses. En los desiertos más remotos, los indios saludan a los europeos diciendo *bonjour*.

7 de agosto

Salimos a la cinco de la mañana. Atravesamos el extremo sudoeste del lago Huron. Una flota de veintidós canoas indias se cruza con nosotros en dirección opuesta de vuelta a sus poblados después de haber recibido los regalos de los ingleses. A las tres, bordeamos Bois-Blanc y la isla de Ronde y llegamos a Mackinac. Isla de tres leguas de diámetro, bastante elevada. En la cima, las fortificaciones blancas de un fuerte americano. En la costa una cincuentena de casas, muchas bastante bonitas, propiedad de la compañía americana.[10] En la orilla, numerosas chozas indias. Están de paso y vienen desde

10. compañía americana de pieles

lejanas comarcas a por los regalos. Dos iglesias. Tomamos un guía canadiense. Vamos a visitar la roca horadada. Pintoresca. De allí a la pirámide, piedra singular por su tamaño y su forma. Regresamos a las cinco. Beaumont se va a dibujar la roca horadada. Yo me voy a deambular a mi antojo. Voy a ver al cura, no está. La señora Framboise. Sangre india. Interesantes detalles sobre su vida. Mujer muy respetable. Carta de una joven india. Libro de oraciones indias. Un campamento de canadienses en la ribera. Un vivac alrededor del fuego. Un canadiense con aspecto y maneras franceses. Alegre, abierto, enérgico. *Bois-brûlés*. Me siento con ellos al fuego y charlamos. Su jefe, un *bois-brûlé*, hombre muy inteligente. Detalles que me da sobre los salvajes. Mejores a medida que se alejan de los europeos, siempre que sean cristianos. En el interior de los desiertos del noroeste todavía armados con flechas. Felices ellos. Extraordinaria abundancia de animales. Éstos siempre se retiran cien leguas por delante de la civilización. Incapacidad de los indios para entender que el avance de los europeos los alcanzará tarde o temprano. No se dan cuenta hasta que ya es demasiado tarde. Jefes hereditarios. Distintos del jefe de guerra. Especie de justicia. El asesino es entregado a la familia que lo mata o recibe un rescate. Nada ladrones. Terribles en la guerra. Iroqueses y hurones prácticamente desaparecidos. Los hurones casi destruidos. Los iroqueses: los que quedan, diseminados entre las tribus de este lado de los lagos. Muchos en Green Bay. Celo católico. Ardor combativo frente a los presbiterianos. El señor Mullon acaba de llevar a cabo una especie

de desafío.[11] Esfuerzos de los canadienses pobres para mantener su iglesia y construir una escuela. Visita al señor***. Regreso al barco a las once. De regreso, una choza de salvajes. La familia entonando un cántico de iglesia en indio.

8 de agosto

Jornada anodina pasada a bordo. De vez en cuando, a derecha o izquierda, tierras bajas cubiertas de bosque.

9 de agosto

Llegada a las ocho a Green Bay. Fuerte. Pueblo en la orilla en medio de una pradera en la ribera de un río. Poblado iroqués más arriba. Gran *settlement*. No sabemos qué hacer, yo me voy a cazar solo. Río atravesado a nado. Canoa. Hierbas en el fondo del agua. Por un momento me pierdo, regreso al mismo lugar sin problemas. Después de comer salimos con un inglés hacia Ducks Creek: cuatro millas. Remontamos en canoa un pequeño río solitario. Llegamos a la casa de una india. Hierba, una buena experiencia. Regresamos.

11 de agosto

Conversación con un salvaje civilizado, vestido como uno de nuestros campesinos. Habla bien inglés. Los salvajes prefieren a los fran-

11. Se trata de una especie de desafío teológico.

ceses (dice): sus ideas sobre la vida civilizada; espera que todos los indios terminarán adaptándose a ella. No es cristiano. Religión india. Dios, inmortalidad del alma. El paraíso indio. Obedecer sus mandamientos.

Jornada monótona en el lago.

12 de agosto

Llegada a las once a Mackinac.

Salvaje *pharo*. Sombrero europeo, pluma negra alrededor. Más arriba círculo de hojalata. Tres plumas de cazador[12] en la copa. Enormes pendientes. Nariz perforada con un anillo. Corbata negra. Blusa azul. Gran collar compuesto por placas de hojalata con animales grabados, aros de hojalata en las piernas, jarreteras rojas con multitud de pequeñas cuentas de vidrio. Mocasines bordados. Un abrigo rojo con el que se cubre.

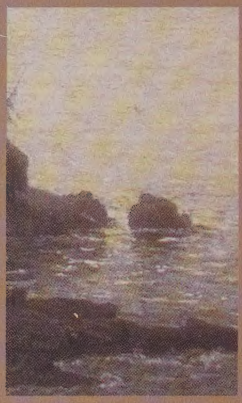
Según un viejo canadiense, los indios resultan más hermosos con su vestimenta salvaje, totalmente desnudos salvo por las plumas de la cintura y la cabeza. Largo cabello trenzado a menudo hasta los pies. Todo el cuerpo pintado. Caza de palomas. *Canadian pointer.*[13] Sermón del señor Mullon.

12. soldado
13. raza de perro de caza

13 de agosto

Salida de Mackinac a las nueve. Nada destacable durante el regreso. Llegada a Detroit el domingo 14 por la tarde.

años más tarde *Coup d'œil sur le règne de Louis XVI* en los que Tocqueville analiza los movimientos ideológicos que desencadenaron la Revolución Francesa. Estas dos obras culminarían después con la publicación de su gran trabajo histórico *El antiguo régimen y la Revolución*. Hombre de innegable visión política, anunció públicamente en la Cámara la inminencia de los sucesos revolucionarios, lo que propició su nombramiento para diferentes cargos públicos. A pesar de su innegable liberalismo, su formación aristocrática le hacía sentir una innata repulsión por cualquier aventura revolucionaria o populista, por lo que apoyó desde el poder la intervención francesa contra la garibaldina República de Roma, lo que le costó la condena de Mazzini que lo tachó de reaccionario. Abandona la política activa y se retira entonces al sur de Italia donde escribe sus *Recuerdos* sobre los hechos históricos de 1848. De regreso en Francia, a causa de su adhesión a una carta de protesta contra el príncipe-presidente, fue encarcelado en Vincennes. Después de viajar por Italia y Alemania, se dedicó, ya retirado en su castillo de Normandía, a la investigación sobre la historia y la política europeas.



En 1831, Alexis de Tocqueville se embarca con su amigo y compañero de la carrera judicial Gustave de Beaumont camino de Estados Unidos. *Quince días en las soledades americanas* es un apunte vital y evocador de una extraordinaria frescura que nos permite asistir al proceso de colonización estadounidense. En este caso no el de las praderas del medio Oeste, popularizado y mistificado *ad nauseam* por el cine, sino el de los inabarcables bosques de la región de los Grandes Lagos. En estos párrafos Tocqueville nos presenta un retrato en el que se entrelaza el proceso de construcción de la sociedad estadounidense con la inexorable destrucción tanto del entorno natural como de las tribus indias que desde antaño lo habitaban. Fascinado por las tierras vírgenes, admira sin embargo el titánico empuje de los pioneros. Se trata de un texto teñido de nostalgia y de un cierto fatalismo en el que se traslucen ya temas radicalmente contemporáneos, co esa preocupación tan actual por la fragilidad de la naturaleza o po enorme capacidad del ser humano para transformar su entorno.

ISBN 84-95764-28-8

W3-DAB-105